

“AMIGO PERFECTO Y FIEL”

San Claudio de la Colombière S. J.



"AMIGO PERFECTO Y SIERVO FIEL"

San Claudio la Colombière S. J.

1992

ÍNDICE

I. SU VIDA.....	6
II. APUNTES ESPIRITUALES.....	20
EJERCICIOS ESPIRITUALES	
LYON (1674).....	20
<i>PRIMERA SEMANA.....</i>	<i>20</i>
<i>SEGUNDA SEMANA.....</i>	<i>33</i>
<i>TERCERA SEMANA.....</i>	<i>59</i>
<i>CUARTA SEMANA.....</i>	<i>68</i>
NOTAS ESPIRITUALES (1674-76).....	76
ORACIONES.....	109

NOTA EDITORIAL

Con motivo de la canonización de quien fue llamado amigo perfecto y siervo fiel del Corazón de Cristo, la Dirección Nacional del Apostolado de la Oración en España ofrece estas páginas a cuantos quieren ser «amigos perfectos y fieles siervos» del mismo Señor.

Un compendio de la vida de Claudio la Colombière, escrito por el padre Máximo Pérez, S.J. precede a unos fragmentos selectos de sus apuntes espirituales, escogidos de entre los de carácter autobiográfico: el mes de Ejercicios de 1674; notas de su diario espiritual; y dos de sus textos de oración más famosos; la consagración al Corazón de Jesús y el «acto de confianza». La traducción es, fundamentalmente, la de J.M. Igartua en: «Beato La Colombière, Escritos espirituales», revisada según el texto francés (ed. de A. RAVIER, París 1962).

Que él bendiga desde el cielo a cuantos lean este librito.



S. Claudio de la Colombière.



S. Margarita María de Alacoque

I. Su vida

Un joven decidido

Todavía no había cumplido dieciocho años y ya estaba llamando a la puerta del noviciado de los jesuitas. Hasta madurar esta decisión ¡cuánto había orado y cuánta fuerza se había hecho! El mismo lo confiesa: *«Yo sólo sé que, cuando me hice religioso, sentía una aversión horrible por la vida que iba a abrazar»*.

Pero su decisión por la santidad era inquebrantable: *«Si he entrado en la Compañía, ha sido por el aprecio que siempre he tenido de sus santas reglas y por haber visto que los superiores saben exigir de tal modo su observancia, que me persuadí ser cosa muy fácil santificarse en la Compañía y ayudar con la palabra y el ejemplo a la santificación de los demás»*.

Esto sucedía en Aviñón el 25 de octubre de 1658, y el joven que pedía la entrada se llamaba Claudio la Colombière. Había nacido un 2 de febrero de 1641 cuando los vecinos de San Sinforiano de Ozón, su pueblo natal, celebraban la fiesta de las Candelas.

Al cumplir el niño dos años, la familia se trasladó a Vienne. De este modo, por su cercanía a Lyon, el niño pudo ingresar en el Colegio de la Trinidad que los jesuitas regían en esta ciudad. La Congregación Mariana, con sus ejercicios de piedad y de apostolado, y los ejemplos de sus santos educadores fueron madurándole para escuchar y responder al llamamiento que Jesucristo le hizo a su Compañía.

«*Es un joven de prudencia superior a su edad, de juicio sólido y de notable piedad. A su fervor no parecen inasequibles las más altas virtudes*», informaba el maestro de novicios al Provincial. En vista de esto, se le concede al novicio hacer sus primeros votos religiosos el 26 de octubre de 1660.

En la mesa de trabajo

Al terminar el noviciado le esperaban al joven largos años de estudios antes de poder llegar al sacerdocio. Primero debía concluir en el mismo Aviñón sus estudios de Filosofía que había interrumpido para entrar en el noviciado.

Apenas había superado con brillantez los exámenes de Filosofía cuando tuvo que correr al lecho de su madre moribunda para darle el último adiós. Aquella santa mujer había traído al mundo siete hijos: dos habían muerto en tierna edad, otros dos se hicieron sacerdotes diocesanos, una hija entró en las religiosas de la Visitación. Y al ver junto a su lecho de muerte a Claudio, el tercero de sus hijos, le dirigió, como testamento, estas palabras proféticas: «*Hijo mío, tienes que ser un santo religioso*».

Después de la muerte de su madre el joven Claudio empleó cinco años en la enseñanza y educación de los niños y adolescentes aviñonenses. Al cabo de ellos el P. Oliva, General de la Orden, ordena al Provincial que envíe a Claudio a cursar Teología en París.

Se vivía entonces en París un ambiente de renovación espiritual católica caldeado por la figura apostólica de Vicente de Paúl, y las de Berulle y de M. Olier, iniciadores de la espiritualidad del Seminario de S. Sulpicio. Por otra parte el Jansenismo congelaba los corazones de muchos cristianos sembrando en ellos

la desconfianza en el amor de Dios. El teatro aplaudía los versos de Racine y Molière y las muchedumbres se apresuraban a tomar sitio junto a los púlpitos donde predicaban Bossuet y Bourdaloue.

Por una excepción, el joven teólogo no habitaba con los demás estudiantes de Teología, sino en la residencia de los Padres. Y es que debía simultanear sus estudios de Teología con el cargo de preceptor de dos hijos de Juan Bautista Colbert, ministro de Hacienda del rey Luis XIV.

Algunos historiadores serios no la admiten como cierta, pero la anécdota ha venido repitiéndose de boca en boca. Dicen que un día el preceptor dejó olvidado su cuaderno en su mesa de trabajo. Llegó el padre de los muchachos y estuvo curioseando los apuntes del profesor de sus hijos. De pronto se encontró unos divertidos versos que un escritor satírico había escrito contra el ministro. Claudio los había copiado, sin duda, por su agudeza literaria. Pero el ministro se irritó y pidió al P. Provincial la destitución inmediata de la Colombière como preceptor de sus hijos, y que lo alejara de París.

Afortunadamente sus cursos de Teología no sufrieron detrimento pues aquel mismo otoño de 1670 Claudio los terminaba felizmente. Había sido ordenado sacerdote un año antes en abril de 1669. Su nuevo destino era el colegio de la Trinidad en Lyon.

Su tarea apostólica principal era la dirección de la Congregación Mariana del colegio; y su especialidad literaria, la oratoria sagrada, en la cual comenzó a destacar de tal modo que los superiores decidieron destinarle a la predicación.

El encuentro decisivo

El curso 1674-75 en la casa de S. José de Lyon fue decisivo para Claudio. Era un curso dedicado al último toque de formación espiritual, que los jesuitas llaman tercera probación. Dentro de este curso Dios le esperaba especialmente en el mes de Ejercicios Espirituales. «*Entregarse a Dios sin reserva*», escribe en sus apuntes. Qué significaba esto iba Dios a dárselo a entender.

Vio con luz sobrenatural que su vida, aunque fervorosa, estaba ribeteada de imperfecciones, de espacios y tiempos no totalmente entregados a Dios, de influencias ambientales no totalmente santas.

«*Debo ser santo entre Tú y yo*» escribe. Se siente movido a la fidelidad total que le pide la amistad con Jesucristo. Desea identificarse con el Señor hecho hombre pobre y humillado, y cifra su ideal en ser «*un hombre de quien ya nadie se acuerda, que ya no es nada en este mundo, que no sirve para nada: he aquí el estado en que es necesario viva yo de aquí en adelante, tanto cuanto me sea posible; y anhelo efectivamente estar completamente en él*».

Comprende que su total entrega debe hacerse a través de las Constituciones de la Compañía a la cual ha sido llamado. Por eso, durante el mes de Ejercicios, se decide a obligarse con voto a cumplir todas las reglas y Constituciones de la Compañía.

Sus apuntes espirituales nos introducen en los motivos profundos de esta decisión: «*Imponerme la ineludible necesidad de cumplir, en cuanto sea posible, todos los deberes de mi estado y de ser fiel al Señor aun en las cosas más mínimas; romper de un golpe y para siempre las cadenas del amor propio, quitándole toda esperanza de ser alguna vez tenido en consideración; adquirir en*

poco tiempo los méritos de una vida larga; reparar las faltas pasadas contra la regla; dar a Dios una prueba de gratitud por las infinitas gracias recibidas, y hacer de mi parte cuanto pueda para ser de Dios sin reserva alguna».

Él no lo sabía, pero Dios estaba preparándole así a una misión sumamente delicada y trascendental para su Iglesia; porque, a pocos kilómetros de su casa, el Señor acababa de prometer a una religiosa, llena de incertidumbres y tormentos espirituales por la incompreensión de los hombres, que pronto le enviaría a su «*amigo perfecto y siervo fiel*».

Maestro y guía de santos

El Señor tenía prisa: no sabemos por qué al llegar el día 2 de febrero de 1675, día de su trigésimo cuarto cumpleaños, los superiores le concedieron la profesión solemne y, sin terminar la tercera probación, le enviaron como superior a una exigua residencia-colegio de tres padres en la pequeña ciudad de Paray-le-Monial.

Todo sucedía de un modo extraño: extraña era la terminación precipitada del curso; extraño el destino para un hombre que podía desempeñar ministerios mucho más importantes; y extraña también su estancia de sólo diecinueve meses en Paray, duración a primera vista desproporcionada para la trascendencia de su misión.

Y es que, ocultas a los ojos humanos, estaban sucediendo cosas importantes en Paray. La religiosa salesa Margarita María Alacoque recibía visitas extraordinarias de Jesucristo al que veía con el corazón abrasado en amor hacia los hombres. Por medio de ella, Él quería dar a conocer a todos las riquezas de su Corazón. Pedía una fiesta en la Iglesia universal como reconocimiento de

este amor. Pero, ¿quién la creía y la comprendía?

Los que la habían examinado, la habían clasificado de visionaria. Ella luchaba contra sí misma en un mar de desconfianzas y dudas. Y esperaba; esperaba a aquel «*amigo perfecto y siervo fiel*» que el Señor le había prometido.

Pronto fue invitado el P. Superior de los jesuitas a dirigir una plática a la comunidad salesa. Sin saber quién le escuchaba Claudio tuvo su plática, ordenada, clara y fervorosa, como correspondía a un profesor de retórica y a un religioso ejemplar. Mientras hablaba, Margarita sentía en su corazón la voz de Jesús: «*Este es el que te he enviado*».

Pero todavía tuvo que esperar hasta que el P. la Colombière volvió al convento como confesor extraordinario: todas las religiosas pasaron por su confesionario. Margarita lo recuerda así:

«Sin que nunca antes nos hubiéramos visto ni tratado, me habló como quien conocía perfectamente lo que me pasaba. Volví a los pocos días y, aunque entendía ser voluntad de Dios que le hablara, experimenté una muy extraña repugnancia cuando me llegó el turno de acercarme al confesionario. Cuando le manifesté sencillamente lo que me sucedía, me contestó que él estaba muy contento de poder proporcionarme la oportunidad de poder ofrecer un sacrificio al Señor. Entonces, libre ya de toda pena, le abrí mi alma hasta el fondo, tanto lo bueno como lo malo. Fue grande mi consuelo cuando me aseguró que no tenía nada que temer por el espíritu que me guiaba mientras no me desviara de la santa obediencia; y que estaba obligada a seguir sus impulsos hasta el sacrificio y la inmolación».

Dentro y fuera del convento pronto se dieron cuenta de que Margarita no estaba sola. Los mismos chismes que antes iban

contra Margarita, iban ahora contra la Colombière. *«El Padre tuvo que sufrir mucho por mi causa. Decían que yo pretendía engañarlo con mis ilusiones; pero estos dichos le preocupaban muy poco».*

El 16 de junio de 1675 el Señor hizo una petición a la humilde religiosa: *«Te pido que el primer viernes después de la octava del Corpus se celebre una fiesta para honrar mi Corazón; que en tal día la gente comulgue y se haga un acto de reparación por los ultrajes e irreverencias recibidos en el tiempo en que está expuesto en los altares».*

—*«Dame, Señor, el medio de hacer cuanto me mandas»* — contestó Margarita.

—*Dirígete a mi siervo el P. la Colombière y dile de mi parte que haga cuanto le sea posible para establecer esta devoción y dar este gusto a mi Corazón. Que no se desaliente por las dificultades que ciertamente encontrará. Que tenga presente que es omnipotente quien desconfía totalmente de sí para fiarse únicamente de mí».*

La Colombière entendió que, antes de persuadir a otros, debería ser él el primero en entregarse del todo al Corazón del Redentor. El día 21 de junio de 1675, viernes después de la octava del Corpus, hizo su consagración personal —¡la primera!— al Corazón de Cristo.

Como tenía múltiples ministerios espirituales en Paray, aprovechaba la predicación y el confesionario para encaminar a muchas personas seculares y religiosas por este camino del conocimiento y el amor de Cristo.

Pudo comprobar cómo el Sagrado Corazón bendecía las empresas que por El comenzaba. Fundó una Congregación Mariana de nobles y profesionales con el fin de liberar a los

habitantes de la ciudad de la influencia de los reformadores protestantes que con sus préstamos los vejaban. Formó a sus hombres en sólidas virtudes y los aunó para la acción social; al poco tiempo tubo el consuelo de ver pasar los cargos importantes a las manos de los católicos y que se aplicaban con justicia las leyes. Reorganizó también la Congregación Mariana del colegio del que era rector. Aquellos jóvenes congregantes llamaban la atención en toda la población por su comportamiento y por sus virtudes.

La isla de las cruces

No más de diecinueve meses duró la estancia de Claudio en Paray. Lo indispensable para dar luz verde al espíritu que guiaba a Margarita. Una orden de los superiores le enviaba de la humilde ciudad de Paray a la populosa de Londres como predicador de la duquesa de York.

María Beatriz, hija del duque de Módena, se había casado con el duque de York, más tarde rey con el nombre de Jacobo II. Poder practicar su religión católica en un país protestante y tener una capilla y un predicador católicos, era la condición que María Beatriz había puesto para casarse.

Los ingleses soportaban a duras penas estas condiciones y procuraban cuanto podían hacer incómoda la vida a los predicadores de la duquesa. Así se habían portado con el P. Saint Germain hasta conseguir expulsarlo de la isla bajo la acusación de haber hecho proselitismo. La Colombière, designado para sustituirlo, llegó a Londres el 13 de octubre de 1676.

Conocía que no era fácil su tarea. Sabía también que en medio del lujo que aquella corte podía perder las esencias espirituales que portaba. Por ello llevaba la decisión de vivir en

austeridad; tanta que ni visitó monumento alguno de la ciudad, ni se asomó una sola vez a contemplar el espléndido panorama que podía divisarse desde la azotea del palacio. Hacía una vida, escribe él mismo, *«tan tranquila entre el torbellino de la corte, como si estuviera en el desierto»*.

Intentó aplicarse con todas sus fuerzas a la misión de propagar el encargo que había recibido en Paray:

«Me obligo a procurar, con cuantos medios estén a mi alcance, la ejecución y cumplimiento de lo que me ha mandado mi Maestro respecto a su preciosísimo Cuerpo y Sangre en el Sacramento del altar... Lleno de compasión por estos ciegos que no quieren rendirse a creer en tan grande e inefable misterio, daría gustoso mi sangre para convencerlos de esta verdad que creo y profeso. En este país en que se hace gala de negar vuestra presencia real en el augusto sacramento, experimento sumo consuelo en repetir con frecuencia actos de fe en la realidad de vuestro cuerpo adorable bajo las especies de pan y vino.

La situación espiritual de Inglaterra excitaba su celo apostólico: *«desde que el Señor me ha traído a este reino, no puedo pensar sin dolor de mi corazón en el gran número de almas que se pierden... Reconozco que Dios quiere servirse de mi debilidad para dar cumplimiento a sus deseos en orden a propagar la devoción a su Corazón»*. Las conversaciones privadas, la dirección espiritual en el confesionario y los sermones dirigidos a la corte eran los únicos medios a su alcance para realizar el plan que el Maestro le había señalado.

Los frutos de su apostolado no se hicieron esperar: católicos arrancados de su vida frívola; cabecillas de herejes que volvían clandestinamente a la Iglesia católica; personas que, deseosas de

consagrarse a Dios, eran enviadas por Claudio a los conventos del continente; cortesanos que comenzasen a tratar de vivir su vida con mayor perfección...

El franciscano P. Wall nos ha dejado un significativo testimonio. Meses antes de su propio martirio acudió clandestinamente a las habitaciones del P la Colombière: *«Vengo, le dijo, a buscar junto a usted la fortaleza y el consejo del Sagrado Corazón de Jesús. Todo el mundo sabe que usted es su apóstol»*. En medio de la conversación sobre los católicos perseguidos Claudio exclamó: *«¡Si se me concediera esta gracia que los sacerdotes ingleses están cosechando ahora en esta isla de las cruces...!»*

Al final del largo coloquio el P. Wall celebró misa ante la imagen del Corazón de Jesús que la Colombière tenía en su oratorio privado. El franciscano recuerda aquellos momentos: *«Cuando me vi en su presencia, creí encontrarme ante el apóstol San Juan, vuelto a la tierra para encender el fuego del amor al Sagrado Corazón. Su actitud digna y tranquila me parecía la que debió tener el discípulo amado al pie de la cruz, cuando la lanza traspasó el costado de su Señor y descubrió el sagrario de su ardiente amor»*.

Calumnias y persecuciones

En la isla de las cruces no consiguió Claudio el martirio total: pero sí la cercanía a él. Dios le concedió lo que cuatro años antes había escrito en sus apuntes del mes de ejercicios: *«Me parecería una fortuna extraordinaria sufrir cárcel perpetua por una calumnia»*.

Oliverio Fiquet, era un sacerdote francés refugiado en Inglaterra para huir del castigo de ciertos delitos cometidos en

Francia. Colombière le ayudó y le atendió; mas, cuando comprobó que no se corregía de sus malas inclinaciones, no tuvo más remedio que despedirlo. Despechado, Oliverio intentó vengarse acusando a su bienhechor de complicidad en una conjuración papista.

Claudio fue encarcelado. En el juicio no pudo probarsele nada, pero fue condenado por proselitismo religioso. La cárcel donde cumplía condena era tan insalubre y la alimentación tan deficiente que la salud del prisionero se resintió. La tuberculosis se mostró en toda su crudeza en varios vómitos de sangre.

Para que no muriera en la cárcel, le conmutaron la pena por el destierro a Francia. No tenía fuerzas para emprender inmediatamente el viaje, como quería el gobierno inglés, y fue necesario esperar varios días para que se recuperase lo imprescindible.

A mediados de enero de 1679 llegó totalmente extenuado a París. Ya nunca se curaría y tendría que resignarse a languidecer calladamente. El ardiente predicador de Londres, de ahora en adelante, ya sólo podría predicar con el ejemplo el desprendimiento de las cosas y el abandono en Dios.

Formador de apóstoles

Cuando en otoño del mismo año comienza el año escolar, parecía que el Padre se había repuesto un poco y los superiores creyeron que podría ayudar espiritualmente a los jóvenes jesuitas estudiantes de Filosofía en Lyon. Este cargo de Padre Espiritual le ofreció una magnífica ocasión para difundir la espiritualidad del Corazón de Jesús.

Entre sus discípulos estaba José Gallifet que llegaría a ser asistente de la Compañía. Bien formado en Teología escribió un libro defendiendo el culto al Corazón de Cristo, que contribuyó eficazmente a deshacer prejuicios sobre la nueva devoción y a que Roma concediese la fiesta del Corazón de Jesús a la Iglesia universal.

Medio siglo más tarde este libro cayó en manos de un joven jesuita español, estudiante de Teología en Valladolid: fue la chispa que provocó en el corazón del joven un incendio en el cual quiso encender toda España y América. Este joven era Bernardo Francisco de Hoyos, primer apóstol del Corazón de Jesús en España. Siguiendo el ejemplo de su maestro la Colombière, hizo su consagración al Corazón de Cristo empleando su misma fórmula, que él mismo tradujo al latín. Después se la proporcionó a otros muchos padres a los que persuadió para que hicieran lo mismo.

«Él quiere aquí el sacrificio de su vida»

La enfermedad seguía minando inexorablemente los pulmones de Claudio. Él lo sabía, y sabía también que esto formaba parte del plan de su apostolado por la causa del Corazón de Cristo; por eso se confiaba heroicamente al Corazón de su Maestro.

«Hace días que nuestro Señor va enseñándome a hacerle un sacrificio más grande todavía: a estar preparado para quedar reducido a la absoluta inercia y a morir en el momento menos pensado, apagando así el celo y grandes deseos que siento de trabajar por la santificación de las almas».

En un último intento, los médicos pensaron que los aires de Paray le harían bien. En pleno verano de 1681 se efectuó el

traslado. La mejoría fue sólo pasajera: al llegar la crudeza del invierno, la enfermedad rebrotó con toda su virulencia.

Su hermano, el arcediano en Vienne, obtuvo permiso para cuidarle en su propia casa. Una nota discreta de Margarita hizo que el superior se opusiera a la marcha del enfermo: «*me ha dicho (el Señor) que Él quiere aquí el sacrificio de su vida*».

El desenlace no tardó en llegar. El 15 de febrero de 1682 Jesús, con el Corazón abierto, salió al encuentro de su «*amigo perfecto y siervo fiel*». Trece días antes Claudio había cumplido cuarenta y un años.

FECHAS IMPORTANTES

1641	2 de febrero	San Sinforiano	Nacimiento
1658	25 de octubre	Aviñón	Comienza el noviciado
1660	25 de octubre	Aviñón	Primeros votos
		Aviñón	Termina Filosofía (1 año)
		Aviñón	Profesor (5 años)
1666	septiembre	París	Teología (4 años)
1669	6 de abril	Paris	Ordenación sacerdotal
1670	septiembre	Lyon	Profesor y Predicador (4 años)
1674	septiembre	Lyon	Tercera Probación
			Mes de Ejercicios
1675	febrero	Paray	Superior
1676	13 de octubre	Londres	Capellán de la duquesa de York
1678	diciembre	Londres	Destierro a París
1679	septiembre	Lyon	P. Espiritual de los estudiantes jesuitas
1682	15 de febrero	Paray	Muerte
1929	16 de junio	Roma	Beatificación por Pío XI
1992	31 de mayo	Roma	Canonización por Juan Pablo II
	15 de febrero	Roma	Fiesta del nuevo Santo

II. Apuntes espirituales

EJERCICIOS ESPIRITUALES LYON (1674)

PRIMERA SEMANA

Preparación

He comenzado, a mi parecer, con la voluntad bastante determinada por la gracia de Dios a seguir todos los movimientos del Espíritu Santo y sin ningún obstáculo que me impida darme a Dios sin reserva.

Resuelto como estoy a sufrir por Dios todas las sequedades y todas las desolaciones interiores que me puedan sobrevenir y que tengo muy merecidas, por otra parte, por el abuso que he hecho de las luces y consuelos en otras ocasiones recibidas:

1.º Me he propuesto hacer estos Ejercicios como si debieran ser los últimos de mi vida y hubiera de morir en seguida.

2.º Ser en ellos extremadamente fiel y sincero, venciendo el orgullo, que siente gran repugnancia en descubrir la conciencia.

3.º No apoyarme nada en mí mismo, ni en mis diligencias. Para esto me he obligado a no leer ni escrito ni libro alguno espiritual extraordinario, aunque sienta verdadera pasión por ciertas obras que tratan de la vida espiritual de un modo más elevado, como *santa Teresa*, *El Cristiano interior*, etc. He creído que Dios me hará encontrar en los puntos que el Padre espiritual

me señale y en los libros que me dé todo lo que quiera el Señor que yo encuentre y sienta en este Retiro. Me encuentro perfectamente con este desprendimiento y doy gracias a Dios por haberme inspirado hacerle este sacrificio, el mayor sin duda que pudiera ofrecerle en esta ocasión.

Principio y fundamento

He sentido gran confusión de, que habiéndome Dios hecho el honor de destinarme a amarle, haya pasado gran parte de mi vida no solamente sin amarle, sino aun ofendiéndole; he admirado con un sentimiento muy suave la paciencia y misericordia infinita de este mismo Dios, que, viendo el desprecio que yo hacía de un fin tan glorioso, y no sirviéndole por consiguiente para nada en el mundo, antes al contrario, perjudicando sus intereses, no ha dejado de sufrirme, de esperar a que yo quisiese pensar para qué me encontraba en él y haciéndomelo recordar de tiempo en tiempo.

No me ha costado nada el prometerle vivir en adelante sólo para servirle y glorificarle.

Todos los empleos, lugares, estados en que pueda encontrarse mi cuerpo, sano, enfermo, tullido, vivo, muerto, me son, por la gracia de Dios, enteramente indiferentes. Y aun me parece que tengo cierta envidia a aquellos a quienes la ceguera o cualquiera indisposición habitual tiene separados de todo trato con el mundo, obligándolos a vivir como si ya estuviesen muertos.

No sé si será el pensar en los combates que preveo me han de sobrevenir en el resto de mi vida lo que me hace encontrar satisfacción en estos estados, en que viviría tal vez con más tranquilidad, y en un desprendimiento que me costaría mucho menos. Cuando uno quiere ser de Dios a cualquier precio, es fácil

comprender cómo se desean las cosas más extrañas, si en ellas se ve mayor seguridad para cumplir tales deseos.

En estos tan ardientes que Dios me da de amarle sólo a Él y conservar mi corazón libre de todo apego a las criaturas, una prisión perpetua en que me hubiese arrojado una calumnia me parecería una fortuna incomparable, y creo que, con el socorro del Cielo, jamás me aburriría allí.

No he encontrado en mí gran celo para trabajar en la salvación de las almas. Al considerar la segunda de nuestras Reglas me ha parecido que en otros tiempos lo tenía mayor. No sé si me equivoco.

Pero creo que lo que me entibia en este particular no es sino el temor que tengo de buscarme a mí mismo en los cargos en que el celo se manifiesta; pues me parece que no hay ninguno en que la naturaleza no encuentre su propia satisfacción, sobre todo cuando se trabaja con éxito, como se debe desear para gloria de Dios.

Se necesita una gran fuerza de espíritu, una gracia muy grande para resistir al placer que se experimenta en cambiar los corazones, y a la confianza que toman con nosotros las personas que han sido por nosotros convertidas.

El pecado de los Angeles

Fuerza es que sea muy horrible el pecado, puesto que obligó a Dios a condenar a criaturas tan perfectas y tan amables como los Angeles. Pero, ¡qué grande es vuestra misericordia, Dios mío, pues me habéis sufrido, después de tantos crímenes, a mí, que sólo soy un poco de barro! ¡Y me llamáis y no queréis que me pierda! ¡Qué grande debe ser vuestro amor para contrapesar y vencer la espan-

tosa aversión que, naturalmente, tenéis al pecado!

Verdaderamente, esta consideración me traspasa el corazón y me llena, a mi parecer, de un amor muy tierno para con Dios.

Los pecados propios

A la vista de mis desórdenes, y tras la confusión que he sentido, ha sucedido después un dulce pensamiento: que hay, en verdad, en ellos materia muy propia para ejercitar la misericordia de Dios y una esperanza firmísima de que, al perdonarme, será Él glorificado. «Esta esperanza la tengo yo guardada en mi corazón» (Job 19,27). Y la tengo en él tan arraigada, que me parece que, con la gracia de Dios, antes me arrancarían la vida que este sentimiento.

Me he echado en seguida en los brazos de la Santísima Virgen, y ella me ha recibido, me parece, con admirable suavidad y dulzura; lo cual me ha conmovido tanto más cuanto más culpable me siento de haberla servido hasta ahora con negligencia. Pero he venido aquí con grandes deseos de no olvidar en este año nada de cuanto me haga concebir un grande amor hacia ella y de trazarme un plan de devoción para con ella, que procuraré guardar toda mi vida.

Me siento muy consolado con el pensamiento de que tendré facilidad para trabajar en esto y que lo conseguiré con la protección de la misma Virgen María. Después de recibirme con tanta afabilidad, esta Señora me ha presentado, a mi parecer, a su Hijo, el cual, en consideración a Ella, me ha mirado y abierto su pecho como si yo hubiera sido el más inocente de los hombres.

Una gracia especial

Antes de hacer la meditación sobre la muerte, he tenido una conversación que me ha producido cierta inquietud, causada, de un lado, por el temor de haber contentado mi vanidad, y de otro, por temer igualmente que lo que yo había dicho no fuese para mí una fuente de confusión.

Habiendo ido al oratorio embargado por estos pensamientos, estuve cerca de media hora luchando por combatirlos y para recobrar la calma perdida; pero al fin, arrojándome resueltamente del lado de la misericordia de Dios por la falta cometida, y aceptando, por otro lado, toda la confusión que me pudiese traer, y habiéndome resuelto a prevenirla y salir a su encuentro, en un momento sentí en mi corazón tan gran tranquilidad, que me pareció haber encontrado al Dios a quien yo buscaba.

Esto me causó un instante de la más dulce alegría que he gustado en mi vida. Desde entonces he quedado extremadamente fortificado contra el respeto humano y el juicio de los hombres, y con valor para vencer la repugnancia que sentía para descubrir mis debilidades.

La muerte

Pensando después en el estado a que la muerte nos reduce respecto a todas las cosas criadas, me ha parecido que esto no me costaría gran cosa, encontrándome como me encuentro desprendido de todo, y me he dirigido a mí mismo esta pregunta: Puesto que ninguna pena me daría el morir ahora mismo ni, por consiguiente, el estar privado para siempre de todo placer u honor en esta vida, ¿por qué no resolverme a vivir en adelante como si

realmente estuviese muerto?

Me he respondido que ningún sentimiento me causaría el separarme realmente de todas las cosas, como si hubiese de pasar el resto de mis días en una tumba, o en una prisión con todas las incomodidades y todas las infamias posibles.

Preveo, con todo, que aún tendré que sufrir muchos combates, si quiero vivir en un perfecto desprendimiento de todo afecto en medio del mundo, donde nos obligan a permanecer nuestros ministerios. He resuelto, sin embargo, hacerlo con la gracia de Dios, la única que puede obrar en mí semejante milagro.

En fin, pensando en lo que da pena en la hora de la muerte, que son los pecados pasados y las penas futuras, se me ha ocurrido de improviso qué partido tomar, y he resuelto seguirlo de todo corazón y con gran consuelo de mi alma.

Ha sido el de formar en este último momento con todos los pecados que vendrán a mi imaginación, sean conocidos desconocidos, como un haz que presentaré a los pies de Nuestro Salvador para que sea consumido por el fuego de misericordia; cuanto más numerosos sean y más enormes me parezcan, con tanta mayor voluntad se los ofreceré, para que los consuma, porque será una obra mucho más digna de su misericordia. Nada podría hacer yo más razonable, ni más glorioso para Dios.

Es tan grande la idea que he concebido de la bondad de Dios, y la siento tan de veras en mi corazón, que nada me costará el determinarme a ello.

El purgatorio

Respecto al Purgatorio —pues haría injuria a Dios temiendo en lo más mínimo el infierno, aunque lo hubiese merecido más que

todos los demonios—, el Purgatorio, digo, no lo temo.

Quisiera, cierto, no haberlo merecido, porque al merecerlo no he podido menos de disgustar a Dios; pero, puesto que es cosa hecha, me encanta ir a satisfacer a la divina justicia del modo más riguroso que sea posible imaginar y aun hasta el día del juicio. Sé que los tormentos allí son horribles, pero que honran a Dios y no pueden alterar la paz del alma; que allí hay seguridad completa de no oponerse jamás a la voluntad de Dios; que al alma no le disgustará su rigor, que amará hasta la severidad del castigo; que esperará con paciencia hasta que esté completa la satisfacción. Por esto he ofrecido de todo corazón todas mis satisfacciones a las almas del Purgatorio, y les he cedido todos los sufragios que por mí se ofrezcan después de mi muerte, a fin de que Dios sea glorificado en el Paraíso por las almas que habrán merecido estar allí elevadas a mayor gloria que yo.

Me he persuadido asimismo enteramente en esta primera semana, de que los hombres son incapaces de satisfacer a la justicia divina ni por la menor falta. Esto me ha causado alegría:

1.º Porque me quita la inquietud en que eternamente estaría de si habría o no satisfecho enteramente por mis pecados, pues me diría constantemente a mí mismo: No, tú no has satisfecho bastante; en cuanto a la culpa, no está en tu mano, se necesita la Sangre de un Dios para borrarla; en cuanto a la pena, es precisa una eternidad o los sufrimientos de Jesucristo. Ahora bien, tanto esta Sangre como estos sufrimientos están en nuestras manos.

2.º No se ha de descuidar el expiar por la penitencia los desórdenes de la vida; pero esto sin inquietud, pues lo peor que puede suceder, cuando se tiene buena voluntad y está uno sometido a la obediencia, es el estar mucho tiempo en el

Purgatorio, y se puede decir, en el buen sentido de la palabra, que eso no es al fin y al cabo un mal tan grande. Prefiero, además, deber mi gracia a la misericordia de Dios más que a mis diligencias; porque esto da más gloria a Dios y me lo hace mucho más amable.

Me encuentro muy bien habiendo hecho aprobar mis penitencias. Esto me libra de la vanidad o de la indiscreción o de la inquietud que me hubiese causado el temor en que estaría de adularme, pues indudablemente hubiera caído en uno de esos lazos, o tal vez en los tres.

El juicio final

En el juicio habrá gran confusión para las personas vanidosas que hicieron sus acciones para ser honradas o estimadas de los hombres, que buscaron en ellas el distinguirse en todas las cosas, al verse entonces confundidas entre la más vil canalla y con increíble desprecio de aquellos mismos que más los estimaron en la vida.

Al contrario, ¡qué alegría para las almas humildes, que por amor a Dios se abrazaron con una vida oscura y común al verse entresacar de la multitud para ser exaltadas a la mayor gloria sin tener ya que temer por su virtud!

Desolación espiritual

Me parece que de todos los tiempos de la vida el de sequedad y desolación es el mejor para merecer. Un alma que sólo busca a Dios soporta sin dificultad este estado, y se eleva fácilmente sobre todo lo que pasa en la imaginación y en la parte inferior del alma, que es donde radica la mayor parte de los consuelos. No deja de

amar a Dios, de humillarse, de aceptar este estado; aunque fuese para siempre.

Nada tan sospechoso como las dulzuras y nada tan peligroso; se aficiona uno a ellas algunas veces y después que han pasado se encuentra, con frecuencia, no con más fervor que antes para el bien, sino al contrario.

Pero para mí es un sólido consuelo pensar, en medio de esas arideces y aun de las tentaciones, que tengo un corazón libre, y que sólo con ese corazón puedo yo merecer o desmerecer; que no puedo agradar ni desagradar a Dios por las cosas que no están en mi mano, como los gustos sensibles y los pensamientos importunos que se presentan a la imaginación contra toda mi voluntad.

Cuando me encuentro en tal estado digo a Dios: *Dios mío, que el mundo, y aun el mismo demonio, tenga para sí lo que yo no pueda quitarle, de lo que yo no soy dueño. En cuanto a mi corazón que Vos habéis querido poner en mis manos, no tendrán parte alguna; es todo vuestro, bien lo sabéis, bien lo veis. Por lo demás, Vos lo podéis tomar de modo que sólo a Vos os pertenezca, y lo podéis hacer cuando os plazca.*

Por nada debe turbarse el hombre a quien da Dios verdadero deseo de servirle. «Paz a los hombres de buena voluntad». Eso hace que yo espere, contando con la gracia de Dios, hacer actos de verdadera contrición, porque, aunque bien veo los motivos interesados que nos pueden inspirar dolor de nuestros pecados, pero con plena voluntad y con entera deliberación renuncio a todos esos motivos. Estoy persuadido de que Dios es infinitamente amable, que sólo Él merece ser tenido en cuenta, que es justo le sacrifiquemos nuestros intereses y sólo pensemos en su gloria. O

eso es posible, o no lo es. Si fuese imposible, Dios no me lo aconsejaría o no me lo ordenaría; si es posible, lo hago con su gracia; pues sinceramente hago y quiero hacer de buena fe todo cuanto puedo.

La Sagrada Eucaristía

No creo haber estado nunca tan consolado como en la meditación del Santísimo Sacramento, que es la última de la primera semana. Desde el primer momento que entré en el oratorio y consideré este misterio, me he sentido totalmente penetrado de un dulce sentimiento de admiración y agradecimiento por la bondad que nos ha mostrado Dios en este misterio.

Es verdad que he recibido por él tantas gracias, y he sentido tan sensiblemente los efectos de este Pan de los Angeles, que no puedo pensar en ello sin sentirme movido a profunda gratitud.

Jamás he sentido mayor confianza de que perseveraré en el bien y en el deseo que tengo de ser todo de Dios, no obstante las terribles dificultades que imagino para el resto de mi vida.

Celebraré Misa todos los días; he aquí mi esperanza y mi único recurso. Poco podría Jesucristo si no pudiese sostenerme de un día a otro. No dejará de reconvenirme mi flojedad desde el momento en que empiece a abandonarme; todos los días me dará nuevos consejos, nuevas fuerzas, me instruirá, me consolará, me animará, me concederá o me obtendrá por su sacrificio todas las gracias que yo le pida.

Aunque no vea yo que está presente, lo siento; soy como esos ciegos que se echaban a sus pies y no dudaban que le tocaban, aunque no lo viesan. Mucho ha aumentado en mí esta meditación la fe en este misterio.

Me he sentido muy movido, considerando qué pensará de mí Jesucristo cuando lo tengo en mis manos, y cuáles serán sus pensamientos acerca de mí; quiero decir los sentimientos de su Corazón, sus deseos, sus designios, etc. ¡Cuántas dulzuras, cuántas gracias recibiría en este Sacramento un alma muy pura y desprendida!

Véncete a ti mismo

El séptimo día por la mañana me sentí acometido de pensamientos de desconfianza respecto al plan de vida que me he trazado para el porvenir; veo grandísimas dificultades en su cumplimiento. Cualquiera otra clase de vida me parecería fácil de pasar santamente, y cuanto más austera, solitaria, oscura, separada de todo comercio, más suave y fácil me parecería.

Respecto a lo que más suele asustar a la naturaleza, como las prisiones, las continuas enfermedades, la misma muerte, todo me parece suave en comparación de la eterna guerra que hay que hacerse a sí mismo, de la vigilancia contra las sorpresas del mundo y del amor propio, de esa vida muerta en medio del mundo.

Cuando pienso en esto, me parece que la vida va a hacerse terriblemente larga y que la muerte nunca llegará demasiado pronto. He comprendido estas palabras de San Agustín: «Lleva la vida en paciencia y recibe la muerte con deleite». He comprendido además muy bien, que la vida que escogió para sí Jesucristo es seguramente la más perfecta, y que es imposible dar una idea más alta de la santidad que la de un perfecto jesuita.

Esto ha producido en mí un buen efecto: convencerme de que si hasta aquí he practicado algún desprendimiento, aunque muy imperfecto, no lo he hecho seguramente por mí mismo, y así es

necesario que en lo sucesivo ponga Dios manos a la obra, si quiere hacer algo bueno en mí; pues veo muy bien la imposibilidad en que estoy de hacer nada sin su gracia.

Progresos en la perfección

He notado que hay muchos pasos que dar antes de llegar a la santidad, y que a cada uno que se da se cree haber llegado; pero una vez dado se ve que no se ha hecho nada, que aún estamos por empezar.

Un hombre que va a dejar el mundo mira esta acción como si después de esto ya no le quedase nada más que hacer; pero cuando se encuentra en la Religión con todas sus pasiones, ve que sólo ha cambiado de objetos y que es un mundano, aun fuera del mundo; ve que no le han salido sus cuentas.

Se le presenta entonces otro paso que dar, y es desprenderse de los objetos de los que, por su estado, aún no está enteramente desprendido; apartar del mundo su propio corazón y no tener amor a ninguna cosa creada. Es cosa muy distinta hacerse religioso y dejar el mundo.

Una vez conseguido esto, aún queda otro paso que dar, que es desprenderse de sí mismo, no buscar sino a sólo Dios en el mismo Dios. No solamente no buscar en la santidad ningún interés personal, lo que sería una grosera imperfección; pero ni siquiera buscar en ella nuestros intereses espirituales, buscar en ella puramente el interés de Dios.

Para llegar ahí, Dios mío, ¡cuán necesario es que trabajéis mucho Vos mismo! Pues ¿cómo podría por sí misma llegar una criatura a ese grado de pureza? «¿Quién podría limpiar al hombre concebido en la inmundicia, fuera de Vos, que sois el único Ser

necesario?» (Job 14,4).

Una idea que me consuela mucho y que me parece capaz, con la gracia de Dios, de calmar parte de mis turbaciones es que para saber si estamos apegados humanamente a las cosas que nos manda la obediencia, si disgustamos a Dios al satisfacer, por ejemplo, las necesidades de la vida, o al gozarnos de la gran estima o de la gloria que siguen a nuestros trabajos, o en el placer que sentimos en conservarla aunque sea con fines santos, etc., para saber, digo, si no se desliza algo de humano, en todo eso, es necesario no juzgar por el sentimiento, porque ordinariamente es imposible no sentir el placer que lleva consigo esa clase de bienes, como es imposible no sentir el fuego cuando se aplica a una parte sensible.

Pero hay que examinar:

1.º Si hemos buscado de algún modo el placer que experimentamos.

2.º Si tendríamos pena en dejarlo.

3.º Si siendo igual gloria de Dios y teniendo libre elección, escogeríamos con preferencia las cosas desagradables y oscuras.

Cuando se está en esta disposición, hay que trabajar con gran libertad y ánimo en las obras de Dios, y despreciar todas las dudas y escrúpulos que podrían detenernos o turbarnos.

SEGUNDA SEMANA

A. Hasta la elección

Reino de Cristo

En la primera meditación he estado agitado con algunos pensamientos, a propósito de una flaqueza en que había caído el día anterior. Pero habiendo descubierto la causa por la que Dios había permitido las faltas que había cometido, es a saber, para curarme de cierta vana estima de mí mismo que empezaba a concebir, este conocimiento me ha causado paz y alegría muy sensible.

Me he dado cuenta, con un placer que no es ciertamente natural, de que no era lo que pensaba ser, y no recuerdo haber descubierto jamás ninguna verdad con tanta satisfacción, como he descubierto mi miseria en esta ocasión.

Encarnación

No encuentro aquí sino anonadamiento y humildad. El Ángel se abaja a los pies de una doncella, María toma la calidad de sierva, el Verbo se hace esclavo y Jesucristo, concebido en el seno de su Madre, se anonada delante de Dios de la manera más sincera y profunda que es posible imaginar. Dios mío, ¡qué hermoso espectáculo para Vos ver a seres tan excelentes humillarse delante de Vos de un modo tan perfecto, cuando Vos los honráis con los más extraordinarios favores! ¡Cuánto placer experimento considerando los sentimientos interiores de estas

divinas personas; pero sobre todo, ese profundo anonadamiento, por el cual Jesucristo empieza a glorificar a su Padre y a reparar el agravio que el orgullo de los hombres ha hecho a Su Majestad!

En cuanto a mí, no puedo humillarme viendo esto, porque ¿dónde podré meterme, pues veo al mismo Jesucristo en la nada? He aquí cómo rebajar mi orgullo: ¡el Hijo de Dios anonadado delante de su Padre!

Hasta ahora no había comprendido las palabras de san Bernardo: ¡Qué insolencia que un gusano se infle de orgullo cuando el Hijo único del Padre se humilla y anonada!

Circuncisión

Se me ha ofrecido que la vida de apóstol pide gran mortificación: 1.º, sin ella Dios no se comunica, y 2.º, no se edifica al prójimo.

Un hombre que se priva de los placeres y trabaja sin cesar en reprimir sus pasiones, habla con más autoridad y hace mucha mayor impresión. Como naturalmente siento atractivo al placer, he resuelto vigilar esta mala inclinación.

Huida a Egipto

De no consultar más que la prudencia humana parece muy duro y poco razonable. ¿Qué hacer en un pueblo desconocido e idólatra?

Pero Dios es quien lo quiere, luego necesariamente es conveniente; el razonar sobre la obediencia, por extravagante que parezca, es desconfiar de la prudencia de Dios y creer que con toda su sabiduría hay órdenes que no sabría Él hacer redundar en

gloria suya y provecho nuestro.

Cuando nos llegan mandatos en que la razón humana no ve nada, debe alegrarse el hombre de fe con el pensamiento de que sólo Dios obra allí, y que nos prepara bienes tanto mayores cuanto debe enviarlos por vías ocultas que nosotros no podemos prever. Gracias a Dios, no tengo ninguna dificultad en eso; pues la experiencia me ha instruido.

Presentación

¡Qué ofrenda! ¡Qué bien hecha de parte de Jesús y de María! ¡Qué honor dado a Dios en esta ocasión! Yo hago la misma ofrenda en la Misa; ¡si la hiciese con los mismos sentimientos, con los mismos deseos de agradar a Dios!

Me gusta considerar en el cántico de Simeón la profecía clara y neta de la conversión de los Gentiles: «Tu Salvación, que preparaste en presencia de los pueblos, Luz para la iluminación de las gentes» (Lc 2, 31-32).

Este santo varón estaba bien iluminado; seguro que tenía gran santidad para merecer tan señalados favores. Hay pocos verdaderos santos; pero los hay, sin embargo, y los ha habido en todo tiempo.

Navidad

Omitía la Navidad; recuerdo que pedí a Dios con gran fervor, durante cerca de media hora, el perfecto desprendimiento de que Jesús nos dio ejemplo; lo pedía por intercesión de san José, de la santísima Virgen y del mismo Jesucristo. Entre mis devociones a la Santísima Virgen, he resuelto no pedir nada a Dios, en ninguna

oración, que no sea por intercesión de María.

Niño perdido

«¿Por qué me buscabais, etcétera?» (Luc 2,49). En esta meditación me ha conmovido mucho el dolor que sintió la Virgen durante los tres días en que estuvo privada de la presencia de su Hijo; pero aún más, la tranquilidad de su corazón, que no se turbó en esta ocasión en que, al buscar a Jesús, se ejercitaba en actos de la más heroica y sumisa resignación que hubo jamás.

«Conviene que yo me ocupe en las cosas de mi Padre» (Lc 2,49). He encontrado en estas palabras grandes lecciones para mí.

Aunque el mundo entero se sublevase contra mí, se burlase de mí, se quejase, me censurase, es necesario que yo haga todo lo que Dios me pida, todo lo que me inspire para su mayor gloria. Se lo he prometido y espero observarlo con la gracia de Dios. Esto pide una gran vigilancia; sin ella, fácilmente se deja uno sorprender por el respeto humano, sobre todo cuando se es tan débil como soy yo.

Vida oculta

«Y estaba sujeto a ellos... Y Jesús adelantaba en sabiduría y en edad» (Lc 2, 51-52). He reflexionado que en vez de crecer en virtud, a medida que se avanza en edad, más bien se decrece, y sobre todo en sencillez y en fervor, respecto de las humillaciones exteriores y de la dependencia de nuestra conducta espiritual.

Me ha conmovido el reconocer que a medida que el número de los beneficios de Dios aumenta, nuestro amor y agradecimiento se enfrían. ¿Por qué dejar las virtudes de los novicios? Confieso

que no bastan y que es necesario añadir otras; pero hay mucha diferencia entre adquirir nuevas virtudes y dejar las antiguas; es preciso fortalecer las primeras, pero no renunciar a ellas.

En segundo lugar, este amor de la soledad me parece muy conforme con el espíritu de Dios. El espíritu del mundo hace que uno se apesume, procure exhibirse y se persuade de que no llegará bastante pronto. El espíritu de Dios tiene sentimientos enteramente contrarios: treinta años oscuro, desconocido, a pesar de todos los pretextos de la gloria de Dios que podría sugerir un celo menos iluminado. Permaneceré en la soledad todo el tiempo que la obediencia me lo permita.

Ninguna visita de pura cortesía, sobre todo a mujeres. Ninguna amistad particular con ningún seglar; al menos no buscaré ninguna y nada haré por cultivarla, a no ser que vea claramente que el interés de la gloria de Dios pide que proceda de otra manera. He aquí uno de mis propósitos.

En tercer lugar, este interior de Jesucristo que sublima tanto la bajeza de sus acciones, me ha hecho descubrir, a mi parecer, el verdadero camino de la santidad.

En el género de vida que he abrazado éste es el único medio de distinguirse delante de Dios, porque todo es común en lo exterior. También me siento fuertemente atraído a aplicarme a hacer las cosas más pequeñas con grandes intenciones, a practicar a menudo en el secreto del corazón actos de las más perfectas virtudes de anonadamiento ante Dios, de deseo de procurar su gloria, de confianza, de amor, de resignación y de perfecto sacrificio. Esto se puede hacer en todas partes, aun cuando no se esté haciendo nada. Aunque todo lo que nosotros hacemos para procurar la gloria de Dios sea bien poca cosa, y

aunque esta gloria, aun la exterior, sea un bien muy pequeño respecto de Él, no es, sin embargo, tan pequeño puesto que el Verbo Eterno ha querido encarnarse para eso.

Es maravilloso que, pudiendo por sí mismo convertir toda la tierra, haya preferido hacerlo por sus discípulos. Empleó toda su vida en formarlos. Parece que de todas las cosas necesarias para la conversión del mundo sólo escogió para sí las más espinosas, como la muerte, y dejó a los hombres las de mayor brillo. ¡Qué amor hacia algunos hombres, querer servirse de ellos para santificar a otros, aunque pudiese fácilmente hacerlo sin ellos!

Bautismo

He pensado que el hombre, llamado a convertir a otros, tiene necesidad de grandes virtudes, y sobre todo, de una gran humildad y de una obediencia admirable.

Hay ocasiones en que se puede imitar esta conducta; no hay que dejarlas escapar. El arreglar las cosas de manera que parezca que uno sigue el consejo que recibe y que no pasa de ser un mero instrumento cuando es en realidad el agente, esto facilita la ejecución y ayuda a la humildad.

Ningún trabajo me cuesta el atribuido todo a Dios. ¿Cómo podría yo hacer nada por mí mismo en la santificación del prójimo, cuando tan fuertemente siento la impotencia en que me encuentro de curarme de las menores imperfecciones, aunque las conozca, aunque tenga, por decirlo así, entre las manos mil clases de armas para combatirlas?

He resuelto ser obediente como un niño durante toda mi vida, especialmente en las cosas que se refieren de algún modo al adelanto en el servicio de Dios; porque sin esto hay peligro de

buscarse uno a sí mismo. ¡Qué ilusión pensar en servir a Dios y glorificarle más o de otro modo que como a Él le agrada! Aun cuando fueseis el mayor hombre del mundo, ¿qué dificultad hay en obedecer en todo a otro hombre? Este hombre representa a Dios: y ¿no reconocéis en una campana la voz de Dios?

Además, honrar a todos los que trabajan en la salvación de las almas, hacer valer sus ministerios tanto cuanto me sea posible, mantener gran unión con ellos, alegrarme de sus triunfos.

Una conducta opuesta a ésta sería la más ridícula, la más imperfecta, la más vana, la más alejada del espíritu de Dios que podría tener un hombre que se emplea en la salvación de las almas.

Desierto

Parece que treinta años de preparación deberían ser suficientes. Pero no; Jesucristo no pone en práctica la misión de su Padre antes de que el Espíritu Santo le conduzca al desierto para practicar allí la mortificación y demás virtudes necesarias al cargo de un apóstol.

He propuesto huir de toda clase de delicadezas en la comida, en el vestido, etc.; nunca pedir nada para mi sustento al predicar, y no quejarme nunca de nada. «El hombre no vive de solo pan» (Mt 4, 4). Segundo, no tener nada de particular para mis vestidos, ni aun para el campo, y hacer todos mis viajes siempre a pie, en cuanto sea posible. Es fácil hacer esto sin mucha incomodidad, y esto, a más de otros buenos efectos, humilla el espíritu.

También he hecho el propósito de hacer mis Ejercicios espirituales y los Retiros con una fidelidad inviolable y con el mayor fervor posible; de meditar mucho la vida de Jesucristo, que es el

modelo de la nuestra.

He comprendido la sentencia de san Juan Berchmans: «Sea mi mayor mortificación la vida común». Mortifica el cuerpo y el espíritu.

Todo lo demás no es, la mayoría de las veces, sino la vanidad que busca distinguirse. En todo caso, antes de hacer algo extraordinario, quiero hacer todas las cosas ordinarias y hacerlas con todas las circunstancias que piden nuestras Reglas: esto lleva lejos, a una admirable santidad. Al leer nuestras Reglas he concebido un gran deseo de observarlas todas, con la gracia de Dios. Esto pide, a mi juicio, gran ánimo, gran sencillez, gran recogimiento, gran esfuerzo y gran constancia, y sobre todo, una gran gracia de Dios.

Elección de los Apóstoles

Jesucristo escogió por Apóstoles, primeramente, hombres pobres, analfabetos y, juzgando humanamente, muy poco a propósito para sus planes. No porque sea preciso ser de familia oscura y sin letras para trabajar en la salvación de las almas; sino para hacer entender, a aquellos que son llamados a este ministerio, lo poco necesarios que son los talentos naturales o adquiridos, y que no deben atribuir a ellos el éxito de su empleo.

Escogió, lo segundo, pescadores, etc., para enseñarnos que no es este oficio de personas delicadas, sino que es necesario sufrir mil fatigas y prepararse para los más rudos trabajos. Me he sentido dispuesto a todo, gracias a Dios, ningún trabajo me causa miedo, moriría contento trabajando en esto; pero me siento tan indigno de esta gracia, que no sé si Dios querrá ni siquiera servirse de mí en alguna cosa.

Las Bienaventuranzas

«Bienaventurados los pobres de espíritu, los mansos, los limpios de corazón» (Mt 5, 3). Estas tres bienaventuranzas tienen entre sí, me parece, alguna relación y no pueden darse la una sin la otra. He comprendido que son verdaderamente dichosos los que están desprendidos de todas las cosas y han arrancado de su corazón hasta las inclinaciones viciosas; pero ciertamente me encuentro muy lejos de este estado.

Tentaciones de vanagloria

He sentido, pensando en el fin de esta segunda semana, que la inclinación a la vanagloria está aún en mi corazón casi tan viva como nunca, aunque no produzca los mismos efectos y reprima sus movimientos con la gracia. Me parece que nunca me he conocido tan bien; pero me veo tan miserable que me avergüenzo de mí mismo, y este conocimiento me causa de vez en cuando accesos de tristeza, que me llevarían a la desesperación si Dios no me sostuviese.

En este estado nada me consuela tanto como la reflexión que me hago de que esta misma tristeza es efecto de una gran vanidad, y que este conocimiento y este sentimiento de mis miserias es una gran gracia de Dios, y que con tal que yo espere en Dios, y le sea fiel en combatir mis inclinaciones, no permitirá que perezca.

Me someto en todo a su voluntad y estoy dispuesto, si así lo quiere, a pasar mi vida en este molesto combate, con tal que El me sostenga con su gracia para no sucumbir. Creo, sin embargo, que se puede ahogar este apetito de vanagloria a fuerza de reprimir sus

movimientos; como también, al fin y al cabo, se ahogan los remordimientos de la conciencia, aunque militen en su favor la gracia, la naturaleza y la educación.

Tres maneras de humildad

En la meditación de los tres grados de humildad, además de que he sentido con mucha dulzura, confusión y temor que Dios me llama al tercero, que consiste en combatir las malas inclinaciones y amar todo lo que el mundo aborrece; además de que veo que sería el más desgraciado de los hombres si me contentase con algo menos, mil razones me persuaden que tengo que procurarlo con todas mis fuerzas.

Primero: Dios me ha amado demasiado para que yo trate de escatimarle en adelante nada; el sólo pensamiento me horroriza. ¡Qué! ¿No ser todo de Dios cuando Él ha sido tan misericordioso para conmigo? ¿Reservarme alguna cosa, después de tantas como he recibido de Él? Jamás consentiría tal cosa mi corazón.

Segundo: cuando veo lo poco que soy y qué es lo que yo puedo hacer para gloria de Dios, empleándome enteramente en su servicio, me avergüenzo sólo de pensar en reservarme algo, quitándoselo a Dios.

Tercero: no tendría yo seguridad ninguna, tomando un término medio: me conozco y sé que caería bien pronto en un mal extremo.

Cuarto: sólo los que sirven a Dios, sin reserva, deben esperar morir dulcemente.

Quinto: sólo estos llevan una vida dulce y tranquila.

Sexto: para hacer mucho por Dios es necesario ser completamente suyo; por poco que le quitéis, os incapacitáis para

hacer grandes cosas por el prójimo.

Séptimo: en este estado es donde se conserva fe viva y esperanza firme; se pide a Dios con confianza y se obtiene infaliblemente lo que se pide.

«Tres binarios»

En la meditación de los tres estados o clases de hombres he resuelto, y me parece que de buena fe, gracias a Dios, ser de aquellos que quieren curarse a toda costa. Y como he conocido muy bien que mi pasión dominante es el deseo de la vanagloria, he hecho un firme propósito de no omitir ninguna humillación de todas las que me pueda procurar sin faltar a las Reglas, y no huir nunca de las que se me presenten.

He notado que este continuo cuidado de humillarse y mortificarse en todo causa a veces tristeza a la naturaleza, lo que la hace floja y menos dispuesta a servir a Dios.

Es una tentación que podemos, me parece, vencer pensando que Dios no exige esto de nosotros sino por amistad, y que nosotros nos entregamos a esta práctica como un amigo se aplica en todo momento a agradar a su amigo, o un buen hijo a servir y alegrar a su buen padre, sin que tenga para esto necesidad de forzarse, conservando cierta libertad de espíritu en medio de los menores y más asiduos cuidados, libertad que es una de las señales más sensibles del verdadero amor. Se hace con gusto lo que se cree que agrada a la persona a quien amamos de veras.

B. La elección y el Voto

En la repetición de las dos últimas meditaciones, habiendo

empezado primero con un gran sentimiento a la vista del orgullo que encierra un pecado cometido con propósito deliberado y de la ceguera de los hombres que se ponen a deliberar si deben limitarse a huir del pecado mortal, etc., como si un bien grande no debiera siempre preferirse, sin ponerlo en parangón con uno más pequeño; este dulce sentimiento ha quedado extinguido por un pensamiento de vana complacencia que me ha sobrevenido y que he tenido que combatir. No acertaría a decir cuánto me ha humillado esto.

He pasado el resto de la oración pensando sobre mi nada y mi indignidad respecto a todas las gracias y consuelos de Dios.

He aceptado con completa sumisión la privación de esta clase de bienes durante toda mi vida, y ser hasta la muerte como el juguete de los demonios y de toda clase de tentaciones. Me parece que he reconocido, con los sentimientos de la Cananea, que no debo tener ninguna parte en el pan de los hijos.

He pedido a Dios sólo lo que me es precisamente necesario para sostenerme de manera que no le ofenda jamás. No pierdo, sin embargo, la esperanza de llegar al grado de santidad que pide mi vocación, y lo espero; pero preveo que tendré que pedir esta gracia durante mucho tiempo.

Bien está; estoy resuelto, gracias a Dios, a la perseverancia cuanto fuere preciso; es una cosa tan grande y tan preciosa la santidad, que nunca se comprará demasiado cara.

La entrega del Voto

Ha sido en esta situación cuando sintiéndome extraordinariamente instado a cumplir el proyecto de vida que desde hace tres o cuatro años medito, me he entregado a Vos, ¡oh,

Dios mío!

¡Cuán grandes son vuestras misericordias para conmigo, Dios de la Majestad! ¿Quién soy yo para que os dignéis aceptar el sacrificio de mi corazón? Será, pues, todo para Vos; las criaturas no tendrán parte alguna, no valen la pena. Sed, pues, amable Jesús, mi padre, mi amigo, mi maestro, mi todo; si os contentáis con mi corazón, ¿sería posible ni razonable que el mío no estuviese contento con el vuestro?

Sólo quiero vivir en adelante para Vos y vivir mucho tiempo, si así lo queréis, para sufrir más. No pido la muerte, que abreviaría mis miserias. No es vuestra voluntad que yo muera a la misma edad que Vos; sed por ello bendito; pero me parece, al menos, que es de justicia que yo empiece a vivir por Vos y para Vos a la misma edad que Vos moristeis por todos los hombres, y por mí en particular, que tantas veces me he hecho indigno de gracia tan grande. Recibid, pues, amable Salvador de los hombres, este sacrificio que el más ingrato de todos ellos os hace para reparar el daño que hasta este punto no he dejado de haceros al ofenderos.

Proyecto de Voto

«Juré y determiné guardar los preceptos de tu justicia» (Salmo 118, 106).

Me siento atraído a hacer a Dios voto de observar nuestras Constituciones, nuestras Reglas comunes, nuestras Reglas de modestia y las Reglas de los sacerdotes (...).

Motivos de este voto

1.º Imponerme una necesidad indispensable de cumplir, en

cuanto sea posible, los deberes de nuestro estado y de ser fieles a Dios, aun en las cosas más pequeñas.

2.º Romper de un golpe las cadenas del amor propio y quitarle para siempre la esperanza de satisfacerse en alguna ocasión; esta esperanza, me parece, vive siempre en el corazón en cualquier estado de mortificación en que uno se

3.º Adquirir de una vez el mérito de una larga vida, en la extrema incertidumbre en que estamos de vivir ni un solo día, y ponernos en estado de no temer que la muerte pueda quitarnos los medios de glorificar más a Dios; pues esta voluntad que tenemos de hacerlo eternamente no puede dejar de tomarse por efectiva, puesto que nos obligamos tan estrechamente a cumplirlo.

4.º Reparar las pasadas irregularidades por el compromiso que contraemos de ser regulares cumplidores de las Reglas durante todo el tiempo que Dios quiera prolongar nuestra vida. Este motivo me agrada mucho y hace mucha más fuerza que todos los otros.

5.º Reconocer en cierto modo las misericordias infinitas que Dios ha tenido conmigo, obligándome indispensablemente a ejecutar sus más pequeñas órdenes.

6.º Por respeto a la divina voluntad, que bien merece ser ejecutada bajo pena de condenación; aunque Dios, por su infinita bondad, no nos obliga siempre a ello bajo tan graves penas.

7.º Hacer de mi parte todo cuanto de mí dependa para ser todo de Dios sin reserva, para desprender mi corazón de todas las criaturas y amarle con todas mis fuerzas, al menos con un amor efectivo.

Algunas consideraciones que me animan a hacer este voto

1.º No encuentro más trabajo en observar todo lo que este voto encierra, que el que tendría un hombre naturalmente inclinado al placer para guardar la castidad que le obliga a tantos combates y a tanta vigilancia.

2.º Dios, que inspiró nuestras Reglas a san Ignacio, pretendió que fuesen observadas. No es, pues, imposible el hacerlo, ni aun con imposibilidad moral. Ahora bien, el voto, lejos de hacer la observancia más difícil, la facilita, no sólo porque aleja las tentaciones por el temor de cometer un pecado grave; pero, además, porque en cierto modo obliga a Dios a dar mayores gracias en las ocasiones.

3.º San Juan Berchmans pasó cinco años en la Compañía sin que su conciencia le reprochase la infracción de ninguna Regla; ¿por qué, con la gracia de Dios, no lo haré yo en una edad en que se debe tener mayor fuerza y en que se está menos expuesto a los respetos humanos, que son los mayores enemigos que tenemos que combatir?

4.º No temo que esto me quite la paz del alma y me sea piedra de escándalo: «Mucha paz hay para los que aman tu ley y no les sirve de tropiezo» (Sal 118, 135). Es artículo de fe y, por consiguiente, cuanto más se ama esta ley mayor tranquilidad se experimenta: «Andaré con amplitud de corazón porque busqué tus mandamientos» (Sal 118, 45). El exacto cuidado en obedecer a las más pequeñas observancias pone al espíritu en libertad en vez de causarle violencia.

5.º Me parece que desde hace algún tiempo vivo ya poco más o menos como tendré que vivir después de hecho este voto. Y más bien por el deseo de obligarme a perseverar, que por gana de

hacer algo nuevo o extraordinario, he tenido este pensamiento.

6.º Me parece que el solo pensamiento de hacer este voto me desprende de todo lo del mundo, poco más o menos como si sintiera acercarse la muerte.

7.º No me apoyo en mi resolución ni en mis propias fuerzas, sino en la bondad de Dios, que es infinita, y en su gracia, que nunca deja de comunicarnos abundantemente, tanto más cuantos mayores esfuerzos hacemos por servirle: «No pecarán los que esperan en El» (Sal 33, 23).

8.º Me parece que este voto sólo me obliga a un poco más de vigilancia que la que tengo, pues ahora mismo no querría, me parece, quebrantar ninguna Regla con voluntad deliberada.

9.º Para prevenir los escrúpulos puedo no comprometerme a nada cuando tenga duda.

10.º Puedo comprometerme bajo esta condición: que, si pasado algún tiempo encuentro que este voto me turba, cesa el compromiso; si no, terminará sólo con mi vida.

11.º Cuando se tiene permiso no se quebranta la Regla, al menos cuando se trata de una Regla exterior, porque muy desgraciado tendría uno que ser para preferir quebrantar una Regla y desagradar a Dios, aunque no hubiere obligación de pecado mortal, que decir una palabra al Superior.

12.º No pretendo estar obligado a nada en todas las ocasiones en que cualquiera otro pudiera dispensarse de la Regla, sin hacer nada contra la perfección.

13.º El pensar en este compromiso, lejos de asustarme, me llena de júbilo; me parece que en vez de ser esclavo voy a entrar en el reino de la libertad y de la paz. El amor propio no se atreverá

a enredarme cuando tan gran peligro habrá en seguir sus movimientos. Me parece que toco ya mi felicidad y que he encontrado, al fin, el tesoro, que es necesario comprar a tan gran precio.

14.º No es éste un fervor pasajero; hace mucho tiempo que lo medito; pero me reservaba el examinarlo a fondo en esta ocasión, y mientras más se aproxima el tiempo de ponerlo por obra, más facilidad encuentro en él y más fuerza y más resolución en mí mismo.

15.º Esto, no obstante, esperaré la resolución de Vd. antes de seguir adelante. Por esto le suplico quiera examinar este escrito y reflexionar, sobre todo, en estas últimas consideraciones, en las cuales encontrará, tal vez, señales del espíritu de Dios; si no, no tiene más que decirme que no juzga a propósito que yo ponga en práctica este designio, y tendré para con el sentir de Vd. el mismo respeto que debo a la palabra de Dios.

C. La misión apostólica

Misión de los Apóstoles

En la meditación de la Misión de los Apóstoles comienzo, me parece, a conocer mi vocación y el espíritu de la Compañía, y creo también que, por la gracia de Dios, este espíritu nace y se fortifica en mí, ya sea a causa de un afecto particular y de una gran estima que tengo de todas las Reglas, ya porque me parece que mi celo se aumenta y purifica.

Sobre esta palabra que encierra la Misión de los Apóstoles: «Enseñad a todos» (Mt 18,19), he comprendido que somos enviados a toda clase de personas, y que en cualquier parte que se

encuentre un Jesuita, y en cualquier compañía que esté, está allí como enviado de Dios para tratar el negocio de la salvación de aquellos con quienes trata, y que si no habla de este negocio, y no aprovecha todas las ocasiones para hacer que adelanten en él, hace traición a su ministerio y se hace indigno del nombre que lleva.

He resuelto, pues, acordarme de esto en toda ocasión y estudiar los medios para hacer recaer la conversación sobre cosas que puedan edificar, sea quien sea aquel con quien me encuentre; de tal modo, que nadie se separe de mí sin tener más conocimiento de Dios que cuando llegó, y, si es posible, con mayor deseo de su salvación.

Celo apostólico

Al meditar sobre el celo, me ha ocupado todo el tiempo el desinterés y la indiferencia que debo tener.

Doy gracias a Dios de que no he encontrado en mí ninguna repugnancia en ocuparme de los niños y de los pobres; antes al contrario, me parece que tomaría estos empleos con gusto; no están expuestos a la vanidad y son de ordinario más fructuosos. Después de todo, el alma de un pobre es tan querida de Jesucristo como la de un rey, y poco importa de quiénes se llene el cielo.

Entre las señales que Jesucristo da de su misión, ésta es una de las principales: «Los pobres son evangelizados» (Mt 11,5), y por esta señal se puede reconocer que es el Espíritu de Dios quien ha fundado la Compañía; pues el Catecismo y el cuidado de los pobres es una de sus principales atenciones; las Constituciones nada nos recomiendan tanto como eso.

Me parece que podemos esperar que somos enviados de

Dios, y que a Él buscamos, cuando tenemos esta indiferencia; por esto he resuelto, sea en las confesiones, sea en la predicación, servir con gusto a los pobres, y cuando quede a mi elección, preferir a éstos, pues a los ricos nunca les faltará quienes les sirvan.

Pobreza apostólica

En la meditación de la pobreza apostólica he resuelto gloriarme toda mi vida y complacerme en esta virtud, y tener el consuelo de poder decir siempre: «No tengo nada»; así, como por el contrario, el mundo y el amor propio sienten satisfacción en decir y contar lo que poseen.

Sobre todo, no tener libros propios: esto me obligará a leer mucho y bien aquellos que tenga y crea más necesarios; respecto a los demás, no me costará nada el pasarme sin ellos.

Mortificación apostólica

En la meditación de la mortificación he comprendido que un Apóstol no está llamado a llevar una vida muelle ni descansada; es necesario sudar y fatigarse, no temer ni el calor ni el frío, ni los ayunos ni las noches en vela; es necesario gastar la vida y las fuerzas en este empleo. Lo peor que puede suceder es morir, sirviendo a Dios y al prójimo; mas no veo que esto pueda hacer temer a nadie.

La salud y la vida me son, por lo menos, indiferentes; pero la enfermedad o la muerte, cuando me lleguen por haber trabajado en la salvación de las almas, me serán muy agradables y preciosas.

Observancia de las Reglas

Este mismo día, después de la comida, habiendo leído en la vida de San Juan Berchmans la muerte de este santo joven, me sentí muy conmovido por lo que entonces dijo: que sentía gran consuelo por no haber quebrantado nunca ninguna Regla; y reflexionando en lo que podría decir yo sobre esto, si debiera dar cuenta a Dios, concebí de pronto tan gran dolor de haberlas observado tan mal, que derramé lágrimas en abundancia.

Hice en seguida mi oración, en la que formé grandes resoluciones de ser en adelante mejor jesuita que lo que he sido hasta aquí; invoqué con gran confianza a este bienaventurado joven y le rogué por la Santísima Virgen, a quien él tanto amó, y por la Compañía, a la cual fue tan fiel, que me obtuviese la gracia de vivir hasta la muerte como él vivió durante cinco años.

Todo el resto del día estuve penetrado de dolor, teniendo siempre ante mis ojos las Reglas despreciadas y quebrantadas tan a menudo; lloré tres o cuatro veces, y me parece que, con la gracia de Dios, no será fácil que las quebrante en lo sucesivo.

Pero no por eso dejo de estar sin consuelo por lo pasado; nunca jamás había pensado en el mal tan grande que hacía en ello.

Pensaba que si hubiesen querido solicitar de Berchmans que quebrantase una Regla a la hora de su muerte, por ninguna consideración lo hubiese hecho, después de haber pasado su vida sin haber quebrantado ninguna. Ahora bien, las mismas razones tenemos nosotros que las que tuvo él para resistir a las tentaciones de esta naturaleza.

Al faltar hoy al silencio, no desagradaré menos a Dios;

desprecio una orden inspirada por el Espíritu Santo a nuestro Santo Fundador. Por mí no queda que no se destruya la observancia regular; no es tan poca cosa esta Regla que no dependa de ella todo el bien del cuerpo de la Compañía.

Desprecio del mundo

Me parece que para el desprecio del mundo es un medio muy eficaz la costumbre de la presencia de Dios. Es pensamiento de San Basilio que un hombre que tiene por testigos de lo que hace a un rey y a un lacayo, no atiende principalmente al lacayo, sino sólo a merecer la aprobación del príncipe.

Es una servidumbre extraña y desgraciada la del hombre que sólo piensa en agradar a los otros hombres. Cuándo podré yo decir «El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (Gal 6,14). He pedido con insistencia a Jesucristo y a la Santísima Virgen me concedan esta disposición de ánimo.

Humildad apostólica

En la meditación de la humildad, es verdad, y yo lo comprendo, que debe ser grande esta virtud en un hombre apostólico, y el temor de no poseerla bastante me tendrá toda mi vida, a mi parecer, en un continuo temor.

Me parece, sin embargo, que para esto sólo hay que estar atento y evitar la inconsideración. Pues cualquiera que considere qué es, qué ha sido, qué es lo que puede hacer por sí mismo, no es fácil que se atribuya nada a sí mismo; para destruir el orgullo basta con recordar que la primera señal de la virtud es no estimarse absolutamente en nada.

En segundo lugar, basta con mirar a Jesucristo, anonadado de corazón, que reconoce delante de Dios que es nada y que sólo a su Padre se debe la gloria de todo cuanto hace.

Si me alaban, se equivocan; es una injusticia que hacen a Dios. Es como si alabasen a un comediante por los versos que recita y que otro ha compuesto; además, no nos estiman tanto como pensamos; son conocidos todos nuestros defectos, aun aquellos que a nosotros se nos escapan; los demás apenas piensan en nosotros lo menos posible.

Más aún: viendo que hagamos grandes cosas, o por decir mejor, que Dios haga grandes cosas por nosotros, es muy digno de admiración y de alabanza que Él haga tan buen uso de tan malos instrumentos; pero no soy por eso mejor; y puede suceder que Dios me condene después de haber salvado a muchos por mi medio, como sucede que un pintor tira al fuego un carbón que le ha servido para trazar un dibujo admirable y excelentes figuras.

La práctica de la Santísima Virgen es admirable; confiesa de buena fe que Dios ha obrado en ella grandes cosas y que por eso la alabarán todas las generaciones; pero en vez de envanecerse, «Mi alma engrandece al Señor» (Lc 1,46).

Repetición

En la repetición de esta meditación, después de haber reconocido y confesado delante de Dios que soy nada y que jamás he hecho nada por mí mismo, he comprendido cuán justo es que sólo Dios sea glorificado, y me ha parecido que un hombre que se ve alabado por una virtud o una buena acción, debe sentirse avergonzado como un hombre de pundonor a quien toman por otro y le alaban por lo que no ha hecho.

Pero si somos tan vanos que nos hinchamos por estas cualidades naturales o sobrenaturales que no nos pertenecen, ¡qué cobardía, qué confusión cuando en el día del Juicio Dios presente ante todos a este hombre vano, y, dé a conocer a todo el mundo lo que ha recibido y la nada que tiene por sí mismo, y le diga reprochando su vanidad: «¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué re glorias? » (1 Cor 4,7).

Me parece ver a un bribón que, habiéndose hecho pasar algún tiempo por un hombre honrado, gracias a una capa robada, viene a quedar descubierto en medio de la buena sociedad y se llena de grandísima confusión. Pero, mucho peor será todavía, Dios mío, cuando hagáis ver que no solamente no tenía nada de qué vanagloriarme, pero ni aun siquiera tenía aquello de que me he gloriado; cuando descubráis mi hipocresía, el abuso que he hecho de vuestras gracias, mis miserias interiores, etc.

Dios me ha hecho verme a mí mismo, en esta ocasión, tan deforme, tan miserable, tan desprovisto de todo mérito, de toda virtud, que verdaderamente jamás me había encontrado tan desagradable a mí mismo; me parecía oír a Dios en el fondo de mi corazón, recorriendo todas las virtudes y haciéndome ver claramente que no tengo ninguna; le he suplicado con instancia que conserve siempre en mí esta luz.

Confieso que este conocimiento de mí mismo, que crece en mí de día en día, debilita mucho, o al menos modera, cierta firme confianza que hace mucho conservaba en la misericordia de Dios.

No me atrevo ya a levantar los ojos al cielo; me encuentro tan indigno de sus gracias, que casi no sé si les habré cerrado del todo la entrada. Este sentimiento me viene especialmente cuando comparo mi vida, mis crímenes y mi orgullo con la inocencia y

humildad de nuestros santos.

Desconfianza de sí mismo

En la meditación de la desconfianza de sí mismo no encontré nada tan fácil después de la meditación precedente. Cuando se conoce lo que es salvar un alma y lo que nosotros somos, pronto nos persuadimos de que nada podemos. ¡Qué locura pensar que con algunas palabras dichas de paso podamos hacer lo que tanto costó a Jesucristo!

Habláis y se convierte un alma: es como en el juego de las marionetas, el criado manda a la muñeca que baile y el maestro la hace bailar por medio de un resorte. El mandato no ha hecho absolutamente nada.

«Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador», (Lc 5,8). ¡Hermoso sentimiento del alma en quien o por quien Dios hace algo extraordinario!

Oración

Como siento, por la gracia de Dios, bastante atractivo por la oración, he pedido de todo corazón a Dios, por la intercesión de la Santísima Virgen, que me conceda la gracia de amar cada día más este ejercicio hasta la muerte. Este es el único medio de purificarnos, de unirnos con Dios, de que Dios se una con nosotros para poder hacer algo por su gloria. Es necesario orar para obtener las virtudes apostólicas, es necesario orar para hacerlas útiles al prójimo, es necesario orar para no perderlas en el servicio del prójimo.

Este consejo o este mandamiento: Orad sin interrupción, me

parece muy dulce y de ningún modo imposible; encierra la práctica de la presencia de Dios. Quiero procurar seguirlo con la ayuda de Nuestro Señor. Siempre tenemos necesidad de Dios; así, pues, hay que orar siempre; cuanto más oremos, más le agradaremos y más conseguiremos.

No pido las dulzuras que Dios da a sentir en la oración a quien le place; no soy digno, no tengo fuerzas suficientes para soportarlas. No son buenas para mí las gracias extraordinarias; dárme las sería edificar sobre arena, echar un licor precioso en un vaso roto que nada puede retener.

Lo que yo pido a Dios es una oración sólida, sencilla, que le glorifique a Él y no me hinche a mí; la sequedad y la desolación, acompañadas de la gracia de Dios, me son, a mi parecer, muy útiles. Entonces hago con gusto actos de las más excelentes virtudes; hago esfuerzos contra la mala disposición y procuro ser fiel a Dios, etc.

Conformidad con la voluntad de Dios

Desde el principio de la oración me he sentido movido a hacer actos de ella. Y los he hecho sin trabajo, porque, efectivamente, no siento ninguna oposición, por la gracia de Dios, hacia ningún estado, y me parece que, con la misma gracia, aceptaría con sumisión los más enojosos accidentes que la Providencia permitiera me sucediesen, o al menos pronto me resolvería a ello si Dios no me abandona.

Me he resignado, sobre todo, a santificarme por el camino que a Dios la plazca: por la sustracción de toda dulzura sensible, si así lo quiere Él; por las penas interiores, por los continuos combates contra mis pasiones.

Esto es para mí lo más duro que hay en la vida; me someto, sin embargo, a todo de todo corazón, y tanto más voluntariamente cuanto que comprendo que ese es el camino más seguro, el menos sujeto a ilusiones, el más corto para adquirir una perfecta pureza de corazón, grande amor de Dios y muchísimos méritos.

TERCERA SEMANA

Preparación a la Pasión

En la primera meditación de la tercera semana, que es la de preparación a la Pasión, considerando el ardiente deseo que Jesucristo tenía de sufrir, mi espíritu se ha inclinado, desde luego, al deseo que tenían los santos de morir; el cual deseo hacía que la muerte tuviese para ellos dulzuras inexplicables. Es el efecto, me parece, de una fidelidad inviolable en cooperar a todas las gracias de Dios y hacer por El todo cuanto han podido durante muchos años.

Esta vista ha encendido en mi corazón un gran deseo de no perder el tiempo, de hacer cuanto antes todo el bien que pueda, a fin de ponerme en estado de desear la muerte y recibirla con alegría.

He pensado, además, que el hombre que verdaderamente desea sufrir mucho por Jesucristo es como una persona hambrienta o extremadamente sedienta, la cual, mientras espera se le presente con qué saciarse, toma, sin embargo, la poca comida o bebida que le ponen delante. Siento en mí un gran deseo de sufrir por Dios, y creo que no hay ningún dolor que yo no aceptase, a mi parecer, con gran alegría; pero estimo que ésta es una gracia que Dios hace sólo a sus amigos, y me encuentro tan indigno de ella que no creo que Dios me haga nunca este favor.

Prendimiento de Jesucristo

Dos cosas me han conmovido sumamente y me han tenido

ocupado todo el tiempo. *La primera* es la disposición con que sale Jesucristo al encuentro de los que le buscaban, con la misma firmeza, el mismo valor, el mismo porte exterior que si su alma hubiese estado en perfecta calma. Su Corazón está anegado en una horrible amargura: todas las pasiones se han desencadenado en su interior, toda la naturaleza está desconcertada, y a través de estas turbaciones y de todas estas tentaciones su Corazón va derecho a Dios, no da un paso en falso, no vacila en tomar el partido que la más alta virtud le sugiere.

He aquí un milagro que sólo el Espíritu de Dios es capaz de obrar en un corazón: el de concertar la guerra y la paz, la turbación y la calma, la desolación y cierto fervor varonil que ni la naturaleza ni los demonios ni el mismo Dios (que parece armarse contra nosotros, o al menos abandonarnos) pueden quebrantar.

La segunda cosa es la disposición de este mismo Corazón con respecto a Judas, que le traicionaba; a los Apóstoles, que cobardemente le abandonaban; a los Sacerdotes y a los demás, que eran los autores de la persecución que sufría.

Es cierto que todo ello no fue capaz de excitar en Él el menor sentimiento de odio ni de indignación; que no disminuyó en nada el amor que tenía a sus discípulos y a sus mismos perseguidores; que se afligía en extremo y de corazón del daño que a sí mismos se hacían, y que lo mismo que sufría, lejos de turbarle, dulcificaba en cierto modo su dolor, porque veía que sus dolores podrían remediar los males de sus enemigos.

Por esto me represento el Corazón de Jesús como un corazón sin hiel, sin acritud, lleno de verdadera ternura aun para con sus enemigos, en el cual ninguna perfidia, ningún mal tratamiento, puede excitar metimiento de odio.

Después, dirigiéndome a María para pedirle la gracia de poner mi corazón en esta misma disposición, me doy cuenta de que el suyo ya se encuentra perfectamente en ella; que está abismada en el dolor, pero sin hacer nada inconveniente, y que no pierde el juicio en tan terrible coyuntura; que no quiere mal ninguno para los verdugos de su Hijo, antes por el contrario, los ama y lo ofrece por ellos. Confieso que semejante espectáculo me encanta, me da un amor increíble a la virtud y me causa el mayor placer que pudiera yo experimentar.

¡Oh Corazones, verdaderamente dignos de poseer todos los corazones, de reinar sobre todos los corazones de los Angeles y de los hombres! Vosotros seréis, de aquí en adelante, la regla de mi conducta, y en todas las ocasiones trataré de inspirarme en vuestros sentimientos.

Quiero que mi corazón no esté, en adelante, sino en el de Jesús y de María, o que el de Jesús y de María estén en el mío, para que ellos le comuniquen sus movimientos; y que el mío no se agite ni se mueva sino conforme a la impresión que de ellos reciba.

Repetición

«Amigo». Es verdad que Jesús le amaba; no hubiese empleado esta palabra si no hubiese sido verdad. Jesucristo quería de veras convertirlo, había escogido bien el dardo, así que Judas sintió herido su corazón; pero le sucedió como a esos enfermos desahuciados a quienes dan los más fuertes remedios. Producen éstos su efecto, pero el enfermo no tiene fuerzas bastantes para soportar la operación y exhala el alma al arrojar los malos humores.

¡Todo es admirable! Jesucristo arrastrado; Jesucristo delante del juez, sentado en el banquillo, acusado y callando. Me ha

parecido que, con la gracia de Dios, sufriría yo ser calumniado y tratado como un malvado; encontraría en ello el completo anonadamiento del amor propio. Me parece que en semejante ocasión daría gracias a Dios de todo corazón y le pediría con instancia que me dejara morir en este estado.

Pero es perder el tiempo pensar en esto. Creo que este favor no es para mí; es necesario para eso ser un santo; es necesario aprovechar las pequeñas ocasiones que se presentan, y tener cuidado, no sea que, mientras me entretengo en esos quiméricos deseos, corra tras la vanagloria mundana y deje escapar las pequeñas ocasiones que se presentan.

Negaciones de san Pedro

Al meditar sobre la caída de san Pedro he visto con sorpresa y espanto cuán débiles somos. Esto me hace estremecer; tengo dentro de mí las semillas y fuentes de todos los vicios; no hay uno sólo que no pueda cometer; entre mí y el abismo de todos los desórdenes sólo media la gracia de Dios, que me impide caer.

¡Qué humillante es esto! ¡Qué confusión debe excitar, aun en las almas santas, este pensamiento! He aquí por qué dice san Pablo: «Con temor y temblor, trabajad en vuestra salvación» (Flp 2,12).

Jesucristo pasa toda la noche atado, sirviendo de juguete a la insolencia de los soldados. ¡Hermoso motivo de meditación los pensamientos de Jesús durante toda la noche!

En el palacio de Herodes

¿Hay cosa más admirable que ver a la Sabiduría encarnada,

Jesucristo, tratado de loco por Herodes y por toda su Corte? El mundo no ha cambiado aún de modo de pensar con respecto al Hijo de Dios: todavía pasa por loco.

¡Qué valor el de Jesucristo, haber despreciado toda la gloria, todo el respeto que tan fácilmente podía atraerse de toda esta Corte; haber dejado de buen grado a este príncipe y a todos sus cortesanos en la creencia de que era un insensato! ¡Qué sacrificio a su Padre! y ¡qué acto tan glorioso!, y ¡qué cobardes somos nosotros que hacemos tanto caso de los sentimientos de los hombres y nos hacemos esclavos de su opinión! ¿Cuándo sacudiremos este vergonzoso yugo? ¿Cuándo nos elevaremos por encima del mundo?

¡Qué digno es de un alma cristiana el sufrir una confusión que podría evitar, y contentarse con tener a solo Dios por testigo de una verdad ventajosa para nosotros! Dios mío: quiero hacerme santo, entre Vos y yo, despreciando toda confusión que no disminuya la estima que Vos podríais tener en mí.

La consideración de estos actos generosos, y que tan por encima están de la naturaleza, eleva, me parece, mi alma sobre sí misma y sobre todos los objetos creados.

En el pretorio de Pilatos

¡Qué espectáculo ver a Jesucristo vuelto a casa de Pilatos, atravesando Jerusalén vestido de loco! Pilatos lo condena a ser azotado. ¡Oh justicia! Jesucristo no se queja, aunque ve la causa en la envidia de los sacerdotes y en la falsa condescendencia del juez, como también prevé la crueldad de este suplicio.

He comparado este proceder con el que nosotros solemos tener cuando nos injurian en alguna cosa. ¿Cómo quejarnos,

teniendo a la vista este ejemplo?

He estado sumamente confuso con el recuerdo del pasado, Dios mío: las hermosas ocasiones que he desperdiciado no volverán jamás; no soy digno de ello. He resuelto no quejarme nunca de nada. Me he convencido de que, de cualquier manera que me traten, no me harán ninguna injusticia.

Flagelación y Coronación de espinas

Nada me conmueve tanto en la flagelación como el desprecio con que es tratado en ella Jesucristo. El más criminal de los hombres encuentra compasión cuando es condenado al suplicio: apedrean al verdugo si hace sufrir demasiado a un ladrón, a un asesino; y he aquí a Jesús entregado al capricho de los soldados, que desgarran sus carnes, que añaden pena sobre pena, que le tratan a su placer impunemente como si no fuese hombre.

Jesús no se queja, se anonada aún más, en presencia de su Padre; acepta, como venidas de su mano, todas estas penas, se regocija al poder darle un soberano honor por este espantoso abatimiento.

Le ponen una corona de espinas sobre la cabeza para expiar esta horrible pasión que tenemos de querer ser en todas partes reyes, de sobresalir, de sobreponemos a todos y en todas las cosas.

Ecce Homo

Pilatos lo muestra al pueblo: *Ecce Homo*. ¡Debía de estar en un lastimoso estado! Buena lección para los que aman los grandes teatros y los aplausos. Prefieren a Barrabás: ¡qué cosa tan extraña!

Nos quejamos de las atenciones que tienen con los demás; Jesucristo no se queja, sino que se pone más bajo aún de lo que le colocan con esta injusta comparación.

En este momento decía en su Corazón al Padre: «Gusano soy y no hombre» (Sal 21,7). Gritaban: «Crucifícalo» (Jn 19,15), y consentía en ello de todo corazón.

A la vista de este ejemplo, de este modelo, ¿hay cristianos en el mundo? Sí, cada vez que por respeto humano quebrantamos una Regla, reflexionásemos que preferimos un hombre a Dios, yo creo que no lo haríamos a menudo. Este pensamiento me ha movido, y me parece que de aquí en adelante seré inflexible en este punto. Me parecía tan poca cosa un hombre, que no podía comprender cómo se toma uno tanto trabajo para agradar a algunos, siendo Dios testigo de nuestras acciones. Pero ¡ay, Dios mío! ¿no se desvanecerán todos estos sentimientos en la primera ocasión?

Sentencia de muerte

No me he asombrado mucho de la injusticia de Pilatos al condenar a Jesucristo; pero sí me he sentido conmovido al ver a Jesucristo someterse a este injusto juicio, tomar su Cruz y cargar con ella con una humildad, una dulzura y una resignación admirables; al verle cómo, llegado a lo alto de la montaña, se deja despojar de sus vestiduras, se extiende sobre la Cruz, tiende sus manos y sus pies para ser clavados, y se ofrece a su Padre con sentimientos que sólo Él es capaz de experimentar.

Ciertamente, esta vista me hace la Cruz tan amable, que me parece no podría ser dichoso sin ella. Miro con respeto a aquellos a quienes Dios visita con humillaciones o adversidades, de cualquier

clase que sean; son, sin duda alguna, sus favoritos. Me bastará para humillarme el compararme con ellos, cuando esté en prosperidad.

Crucifixión y muerte

Al considerar a Jesucristo muriendo en la Cruz, he notado que aún está muy vivo en mí el hombre viejo y que, si Dios no me sostiene con una gracia muy grande, me encontraré después de treinta días de retiro y meditación tan débil como antes. Es necesario que Dios haga un gran milagro para que yo muera enteramente a mí mismo: *todavía vive en mí el Hombre viejo, no está del todo crucificado, y no está perfectamente muerto. Mueve guerras interiores, no deja estar en paz el reino de mi alma* (Kempis, *Imit.* 3,34).

He notado que siempre que Dios me ha dado este vivo sentimiento de mis miserias, y he entrado en oración después de alguna falta o debilidad, que me ha hecho conocer mis imperfecciones, he sido consolado antes de terminar la oración y he salido de ella con más firmeza: «Te has airado y te has compadecido de mí; se ha vuelto tu furor y me has consolado» (1s 12,1).

Esto me sucede también fuera de la oración, después de haber vencido alguna tentación con la gracia de Dios. Lo mismo me ha sucedido esta vez: he salido con nueva resolución de no dar cuartel a mi amor propio y estar en guardia contra sus sorpresas.

He pedido con mucho sentimiento esta gracia a Jesucristo, exponiéndole mis miserias y mis debilidades; cada día las descubro mayores.

Sepultura

En la meditación de la sepultura, viendo cuán lejos estoy de llegar al estado a que Jesucristo se haya reducido para honrar a su Padre y salvarme, he dicho con gran sentimiento: ¡Dios mío!, ¿es posible que tantos dolores, tan profundo anonadamiento, una muerte tan cruel y tan infame, que todo esto, digo, haya sido padecido para aplacar vuestra cólera contra mí, para atraerme vuestras gracias y vuestras bendiciones, y que, con todo, sea yo tan imperfecto?

Padre Eterno, ¿no ha sido esto bastante para hacerme santo? ¿De dónde viene que no sienta yo en mí un cambio que esté en proporción con tantos trabajos?

He aquí un gran tesoro; pero permitidme que os diga, Señor, que me parece que todavía no me habéis dado gracias que respondan a tal precio. Espero un gran resultado del amor de vuestro Hijo; pero no lo siento aún como me parece debo esperarlo.

¿Es acaso que no quiero yo experimentar tales efectos? Pero, Dios mío, si fuese así no os ofrecería yo la muerte de vuestro Hijo y el sacrificio de la Misa para alcanzarlo; no se emplean medios tan excelentes y poderosos cuando no se tiene deseo de obtener nada. Sería necesario vivir como si se estuviese ya muerto y enterrado: «Estoy dado al olvido como muerto de corazón» (Sal 30,13).

Un hombre de quien ya nadie se acuerda, que no es ya nada en este mundo, que no sirve para nada: he aquí el estado en que es necesario viva yo de aquí en adelante, en cuanto me sea posible, y anhelo efectivamente estar completamente en él.

CUARTA SEMANA

Resurrección

¡Qué alegría para aquellos que sufrieron con Jesucristo y que verdaderamente habían tomado parte en sus dolores, como María, san Juan, la Magdalena, etc., pues los demás tienen tan poca parte en esta fiesta como la tuvieron en los tristes misterios que la precedieron!

¡Con cuánto placer y cuánta abundancia recompensa Dios los dolores e ignominias de su Hijo! Sin hablar del cielo donde tiene gloria tan grande, aun en la tierra, por un Judas que le vendió, ¿cuántos millones de hombres se despojarán de todo para poseerlo?; por una ciudad ingrata y sacrílega que no le reconoció por Rey, ¿cuántos reinos e imperios sometidos a su poder?

Se ha visto negado por san Pedro; ¿cuántos millones de mártires sufrirán la muerte antes que renegar de Él? ¿Cuántos altares a cambio del banquillo de reo? ¿Cuántas verdaderas adoraciones por las burlas de los soldados? ¿De cuántas riquezas no se revestirán sus templos y sus altares por el manto de púrpura y por la vestidura blanca, etc.?

Impasibilidad de Jesús

Al meditar sobre la impassibilidad de Jesucristo he examinado qué podría aún alterarme. He sentido una extrema repugnancia a obedecer en cierta circunstancia; la he vencido con la gracia de Dios, y me encuentro dispuesto a todo.

He reflexionado cuán peligroso es formar proyectos, aun en

cosas de poca importancia, a menos que no estemos bien resueltos a dejarlo todo por obedecer y ejercitar la caridad. En toda ocupación que se deja con pena, o si prefiere uno más seguirla que hacer otra cosa o que no hacer nada, cuando Dios así lo quiere, hay peligro de estar aficionado a ella con algún apego humano. He resuelto muy de veras vigilarme sobre este punto.

Es necesario tener el consuelo, con la gracia de Dios, de no conceder nada a la naturaleza. Es preciso, con la ayuda de Dios, antes de determinarme a cualquier cosa que sea, en cualquier proposición que me hagan, es necesario, digo, consultar a Dios y acostumbrarme a prevenir el movimiento que pueda causar en el alma mediante una elevación del espíritu a Dios y ver qué debo yo sentir de tal cosa, según las reglas del Evangelio.

Si no se tiene este cuidado es imposible conservar la paz del corazón y no caer en muchas faltas, porque todas las cosas que suceden tienen un aspecto agradable o desagradable a la naturaleza, y no es por ese aspecto por donde hay que mirarlas. No hay otro medio para proceder rectamente que este método de elevación, al cual se refiere todo lo que acabo de notar.

El método de san Ignacio, de hacer un examen o deliberación antes de cada acción y particularmente antes de aquellas en que hay mayor peligro de caer en faltas, este método, digo, es incomparable: he resuelto servirme de él; no puede menos de producir con el tiempo una gran pureza y conservar gran tranquilidad de conciencia.

Esto, con la gracia de Dios, no es tan difícil; como tampoco lo es el examen que debe seguir a la misma obra. Cuando se tiene gran celo por la propia perfección se hace esto como naturalmente y casi sin sentir.

Ascensión

¡Hermosa palabra! «He terminado la obra que me encomendaste» (Jn 16,4). Jesús y María pudieron decir esto al morir.

He notado, que cuando me determino a imitar en esto a Jesucristo para toda mi vida, siento que la naturaleza como que se sorprende de semejante proyecto, y que me siento más fuerte para llevarlo a la práctica; para resolverme, por ejemplo, a hacer durante este mes, este año, todo cuanto pueda para que mis acciones sean más agradables a Dios y lo más perfectas que me sea posible.

Es necesario para esto gran vigilancia y la práctica de las Reglas, la elección y frecuentes exámenes, junto con la oración, para obtener muchas gracias.

Repetición

En la repetición de la Ascensión he notado que Jesucristo, después de haber sufrido, haber muerto y resucitado, sale de Jerusalén, sube a lo alto de la montaña, y después de tantas pruebas, desprendido enteramente del mundo y de la tierra, se eleva sin trabajo al cielo.

Lo que a nosotros nos impide seguirlo es que estamos aún viviendo con una vida natural, o sepultados en el pecado, o comprometidos en el trato de los hombres, o apegados a la tierra, donde todavía encontramos nuestra felicidad. San Pablo decía: «Nuestro modo de vivir está en los cielos (Flp 3,20). ¡Bienaventurados los que pueden decir lo mismo!

Pido a Dios para mí el poder vivir entre el cielo y la tierra, sin gozar ni de los placeres de aquí abajo ni de los del Paraíso, con un

desprendimiento universal, estando ligado sólo a Dios, que se encuentra en todas partes.

A nosotros nos toca el desprendernos de todos los placeres de la tierra, al menos no tomar ninguno por puro gusto; desprender de ellos nuestro corazón, si no podemos renunciar realmente a ellos; hacer que se nos conviertan en tormento por el deseo ardiente que tenemos de privarnos de ellos por amor de Dios.

En cuanto a los consuelos del cielo, es necesario dejar hacer a Dios, que conoce nuestras fuerzas y tiene sus designios, y vivir en una gran indiferencia, siempre dispuestos a pasarnos sin ellos.

Contemplación para alcanzar amor

En la meditación sobre el amor de Dios, me ha movido mucho el ver los bienes que he recibido de Él desde el primer instante de mi vida hasta ahora. ¡Qué bondad, qué cuidado, qué providencia tanto para el alma como para el cuerpo, qué paciencia, qué dulzura!

No he tenido trabajo ninguno, ciertamente, en entregarme a Él, o al menos en desear de todo corazón ser del todo suyo, pues no me atrevo todavía a lisonjearme de haber hecho el sacrificio completo; sólo la experiencia será capaz de asegurarme en este punto.

La verdad es que me tendría por el más ingrato y desdichado de los hombres si me reservase la cosa más mínima. Veo que es absolutamente necesario que yo sea de Dios y no podría nunca consentir en dividirme. Pero será necesario ver si en la práctica tendré bastante fuerza y constancia para sostenerme en este hermoso sentimiento. Soy tan débil, que es imposible que por mí mismo lo haga; palpo esta verdad.

Si yo os soy fiel, Dios mío, vuestra será toda la gloria, y no sé cómo podría yo atribuirme algo. Sería necesario que me olvidase de mí mismo enteramente.

Segunda contemplación

En la segunda meditación del amor de Dios, el Señor ha hecho que me penetre y vea claramente esta verdad: Primero: que Él está en todas las criaturas. Segundo: que Él es todo lo bueno que hay en ellas. Tercero: que Él nos da todo el bien que de ellas recibimos.

Me ha parecido ver a ese Rey de gloria y majestad ocupado en calentarnos con nuestros vestidos, en refrescarnos con el aire, en alimentarnos con los manjares, en regocijarnos con los sonidos y objetos agradables, en producir en mí todos los movimientos necesarios para vivir y obrar.

¡Qué maravilla! ¡Quién soy yo, oh Dios mío, para ser así servido por Vos, en todo tiempo, con tanta asiduidad y en todas las cosas, con tanto cuidado y amor!

De la misma manera procede Él en todas las demás criaturas: pero todo por mí, semejante a un intendente celoso y vigilante que en todos los lugares de su reino hace trabajar para su rey.

Lo que es aún más admirable, es que Dios hace esto por todos los hombres, aunque casi ninguno piensa en ello, a no ser algún alma escogida, algún alma santa. Es necesario que al menos yo piense y sea agradecido.

Me imagino que como Dios tiene su gloria por último fin de todas sus acciones, hace todas estas cosas principalmente por amor de aquellos que piensan en ellas y que admiran en esto su bondad, le son reconocidos y toman de aquí ocasión para amarle;

los otros reciben los mismos bienes, como por casualidad y fortuna, a la manera que cuando se hace una fiesta o se ofrece un concierto a una persona, mil personas gozan de este placer porque se encuentran en la casa donde está la persona por quien se hace la fiesta. A esto se refiere lo que Dios decía a santa Teresa: que si no hubiese hecho el mundo, lo crearía por ella.

Tercera contemplación

En la tercera he considerado que los servicios que Dios nos hace por medio de las criaturas deberían tenernos sumidos en gran confusión y recogimiento.

Cuando es un criado quien nos sirve, se recibe con frecuencia este servicio haciendo otra cosa, hablando con otra persona, durmiéndose, etc.; pero si una persona de calidad se abajase hasta querer servirnos, ciertamente que entonces procuraríamos estar bien despiertos: «¡Señor, tú me lavas a mí los pies!» (Jn I 3,6). Esto es admirable para quien haya comprendido un poco lo que es Dios y lo que somos nosotros.

Dios refiere incesantemente a nosotros el ser, la vida, las acciones de todo lo creado que existe en el universo. He aquí su ocupación en la naturaleza; la nuestra debe ser recibir sin cesar lo que nos envía de todas partes y devolvérselo por medio de acciones de gracias, alabándole y reconociendo que Él es el autor de todas las cosas. He prometido a Dios hacerlo así en cuanto pueda.

El ejercicio de la presencia de Dios es un ejercicio de utilidad admirable; pero puede decirse que es un don de Dios muy singular el continuarlo con esta dulzura, sin la cual se haría perjudicial. Ahora bien, yo sólo pido a Dios su amor y su gracia, un amor que

tenga más de sólido que de brillante y dulce.

Lo que he prometido hacer con su gracia es no comenzar ninguna acción sin recordar que le tengo por testigo, y que Él la hace conmigo y me da todos los medios para hacerla; y no terminar ninguna sino con el mismo pensamiento, ofreciéndole esta acción como cosa que le pertenece; y durante el transcurso de la acción, cada vez que me venga este pensamiento, detenerme en el algún tiempo y renovar el deseo de agradarle.

A propósito de estas palabras: «Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta, etc.», me he sentido dispuesto a pasar toda mi vida sin consuelos, ni siquiera espirituales; me contento con servir a Dios con gran fidelidad ya sea en sequedad, ya sea aun en medio de tentaciones.

Para recibir, como se debe, lo que veo que teme la naturaleza, tengo que recordar, cuando eso suceda, que se lo he pedido a Dios. Es ésta una gran señal de que me ama, y por lo tanto debo esperarlo todo de su bondad. Es una consecuencia que me confirmará en el dulce pensamiento de que lo que hasta aquí me ha sucedido, ha sucedido por una muy particular providencia.

Hago el propósito de aceptarlo, como si fuera la cosa más agradable del mundo, sin mostrar nunca a nadie las inclinaciones de la naturaleza.

«Fuera de mí el gloriarme (o el alegrarme) en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gál 6,14). «En cuanto a mí, poco me importa el ser juzgado por vosotros o por cualquier tribunal humano; porque el Señor es quien me juzga» (1 Cor 4,3).

Vivir cada día como si no hubiera otro, como si fuésemos a morirnos en la ocupación que tenemos entre manos.

Las personas verdaderamente humildes no se escandalizan

de nada, porque conocen perfectamente su debilidad; se ven a sí mismas tan cerca del precipicio, y temen tanto caer en él, que no les llama la atención el ver que caen los otros.

¿Qué honor hay en predicar, si a Dios no le place que lo haga?, decía el P B. Álvarez; y ¿qué cosa hay baja en los oficios más viles, si agrado a Dios ocupándome en ellos?

A cualquier precio que sea, es necesario que Dios esté contento.

NOTAS ESPIRITUALES (1674-76)

a) Año 1674

Combate espiritual

Resulta extraño ver cuántos enemigos hay que combatir desde el momento en que se toma la resolución de hacerse santo.

Parece que todo se desencadena: el demonio con sus artificios, el mundo con sus atractivos, la naturaleza con la resistencia que opone a nuestros buenos deseos; las alabanzas de los buenos, la crítica de los malos, las sollicitaciones de los tibios. Si Dios nos visita, es de temer la vanidad; si se retira, la timidez y la desesperación pueden suceder al mayor fervor. Nuestros amigos nos tientan por la complacencia que tenemos costumbre de tener con ellos; los indiferentes, por el temor de desagradarles. En el fervor, es de temer la indiscreción; la sensualidad en la moderación, y el amor propio en todo.

¿Qué hacer, pues? «Nadie hay que combata en nuestro favor, sino Vos, Dios nuestro». «No sabiendo lo que debemos hacer, no nos queda otro remedio que dirigir a Vos nuestras miradas» (2, Cron 20,12).

Sobre todo, no consistiendo la santidad en ser fiel un día o un año, sino en perseverar y crecer hasta la muerte, es necesario que Dios nos sirva de escudo, pero como escudo que nos rodee, porque de todas partes nos atacan. «Te rodeará con un escudo» (Sal 90,5). Es necesario que Dios lo haga todo.

¡Tanto mejor! No hay que temer que falte en nada. En cuando a nosotros, no tenemos que hacer sino reconocer francamente nuestra impotencia, y ser fervorosos y constantes en pedir socorro por la intercesión de María, a quien Dios nada rehúsa; pero ni esto mismo lo podemos nosotros, sino con una gran gracia, o mejor con muchas grandes gracias de Dios.

Tentaciones de vanagloria

Me parece que siento un poco más de fuerza, por la infinita misericordia de Dios, contra las tentaciones de vanagloria. Los mismos pensamientos se presentan, pero con menos fuerza y no me hacen ya tanta impresión. Empiezan a cansarme y me parecen menos encantadores; las razones que hacen ver su vanidad me persuaden mucho mejor que antiguamente.

Esto sucede, sobre todo, desde que hice un sincero propósito de renunciar enteramente a ella por un camino en extremo eficaz e infalible; la resolución quedó formada en mi espíritu y la hubiese puesto en práctica, con la gracia de Dios, desde el día siguiente si, como lo había previsto, no se me hubiese hecho saber que no debía pensar en ello.

«¿Cuándo me irá bien sin Él, o cuándo me irá mal con El?»
(San Agustín).

Oración y humildad

Cuando se siente en la oración cierta inquietud que hace que nos parezca el tiempo largo, por la impaciencia que se tiene de pasar a otra ocupación, podemos decirnos provechosamente a nosotros mismos: ¡Y qué, alma mía!, ¿te aburres con tu Dios? ¿No estás contenta con Él? ¿Lo posees y buscas otra cosa? ¿Dónde te

encontrarás mejor que en su compañía? ¿De dónde podrás sacar mayor provecho? He experimentado que esto calma el espíritu y une a Dios.

Como la perfección consiste en buscar en todo agradar a Dios y no agradar más que a Él, me he convencido con mayor firmeza que de ordinario, de que no hay que vacilar en las ocasiones en que podemos agradar a Dios, aunque sea desagradando a los hombres, y adquirir alguna estima de Él, aunque sea perdiendo algo de la que los hombres tienen de nosotros.

Por esto he resuelto no vacilar en las ocasiones que se presentarán de humillarme y hacer que los hombres me conozcan tal como soy y he sido. No me costará mucho trabajo, si Dios me hace la gracia de recordar que mientras menos me estimen los hombres más me estimará Dios, y de querer tan solo agradarle a Él.

Aunque pasase por un criminal y esta reputación no aumentara mis méritos, debería mirarla como cosa indiferente, pues no es con los hombres con quienes quiero hacer fortuna; pero si esto me hace adelantar delante de Dios debo considerarlo como un gran bien.

Cuán noble es servir a Dios

He comprendido también que es una gran dicha ser todo de Dios, considerando su grandeza infinita. Dios nos honra mucho llamándonos a la santidad. He comprendido esto, haciendo comparación con un Rey que escoge a uno de sus súbditos para ser únicamente suyo y no quiere que preste a nadie ningún servicio más que a su propia persona; que desea poseer toda su amistad, sobre todo si es un Príncipe de mérito relevante.

Se ama al Rey aunque nunca se le haya visto ni se le haya de ver jamás, aunque él no nos ame, aunque ignore nuestros sentimientos, aunque no nos conozca y aunque, caso de conocernos, ningún caso hubiera de hacer de nosotros. Y a Dios, a quien no vemos, es verdad, pero a quien veremos eternamente; que nos ve, que nos ama, que nos hace bien, que es testigo de todos nuestros pensamientos, ¿no podemos amarle? ¡Es que el Rey es nuestro señor! ¿Y no lo es Dios, además de ser nuestro criador y nuestro padre, etc.?

Si Dios reina en nosotros, todo le obedecerá, todo se hará al menor de sus mandatos, nada se hará sino según sus órdenes. Además, procuraremos agradarle en todo, estudiaremos sus inclinaciones, nos adelantaremos a sus deseos, haremos siempre y en todo lo que creamos ser más de su gusto.

Estas son las dos cosas con que tenemos más cuenta respecto de los Reyes: una sumisión ciega, y una extrema complacencia. Es, pues, necesario hacer lo que agrada a Dios y lo que más le agrada.

Fidelidad a la gracia

La gracia de Dios es una semilla que es necesario no ahogar, pero que también es preciso no exponer demasiado. Es necesario fomentarla en el corazón y no mostrarla demasiado a los ojos de los hombres.

Hay dos clases de gracias, pequeñas en apariencia, pero de las cuales puede, sin embargo, depender nuestra perfección y nuestra salvación:

1.º Una luz que nos descubre una verdad. Es necesario recogerla cuidadosamente y procurar que no se extinga por culpa

nuestra; hay que servirse de ella como de una regla de nuestras acciones, ver a qué nos lleva, etc.

2.º Una moción que nos induce a hacer algún acto de virtud en ciertas ocasiones. Es preciso ser fiel a estas mociones, porque esta fidelidad es a veces el nudo de nuestra felicidad.

Una mortificación que Dios nos inspira en ciertas circunstancias: si escuchamos su voz producirá, tal vez, en nosotros grandes frutos de santidad; y si, por el contrario, despreciamos esta pequeña gracia, podría tener funestas consecuencias, como sucede a veces con los favoritos que caen en desgracia por no haber complacido a su Rey en cosas muy pequeñas.

Amor a la Cruz

Habiendo sufrido con pena una pequeña mortificación que no esperaba, he sentido gran confusión, conociendo el poco amor que profeso a la Cruz; de suerte que me da lugar a creer que todos los deseos que, en diferentes ocasiones, he sentido de sufrir dolores y humillaciones han sido deseos aparentes, o al menos que yo he mirado en esos males otra cosa distinta de Dios y la cruz de Jesucristo.

Nuestro Señor, continuando su costumbre —por su misericordia infinita— de tomar ocasión de mis propias ingratitudes para hacerme nuevas gracias, Nuestro Señor, digo, ha hecho seguir a esta confusión una luz que me ha hecho comprender que el amor a la Cruz es el primer paso que hay que dar para serle agradable; que estoy todavía comenzando, puesto que estoy tan lejos de los sentimientos de los Santos que se regocijaban en las ocasiones de sufrir que Dios les enviaba.

¡Qué cobardía, recibir refunfuñando delante del Señor una

pequeña mortificación que nos presenta! Todos estos pensamientos han producido en mí no sé qué fuerza que antes no tenía, para sufrir todo lo que se presente y aun para buscar lo que no se presente.

Me parece que esto me ha curado de no sé qué timidez, de cierta delicadeza que me hacía temer, entre otras cosas, el rigor de las estaciones y desear ciertos alivios, sin los que puede uno pasar sin gran peligro.

¡Alabada sea eternamente la bondad infinita de mi Dios que, lejos de castigarme como merecía por mis faltas, me hace encontrar en ellas tan grandes tesoros de gracias!

Día ele San Andrés (30 de noviembre de 1674)

O bona Crux! Me he sentido muy conmovido al ver a este santo prosternarse súbitamente a la vista de la Cruz, no poder contener su alegría y hacerla estallar con estas palabras tan apasionadas:

Bona: útil, honrosa, agradable: la Cruz es todo su bien, es el único bien que le conmueve.

Diu desiderata: «Hace largo tiempo deseada». No solamente la deseaba, sino que la deseaba con ardor, por lo que se le hacía largo el tiempo.

Diu sollicite amata: «Hace mucho tiempo solícitamente amada». El amor no puede estar sin cuidado; este santo buscaba la Cruz con la diligencia y con el temor de un hombre que teme no encontrarla, que no puede encontrarla demasiado pronto. Diríase que ha encontrado un tesoro al encontrarla, y los transportes a que se entrega son los de un amante poseído de un amor extremado.

Sine intermissione quaesita: «Buscada sin descanso». He aquí nuestra regla, y por ella fue por lo que mereció él encontrarla.

Et aliquando: «Y por fin». Esta palabra demuestra un gran deseo: necesario era que amase mucho a Jesucristo para encontrar tanto placer en la Cruz: «preparada para el que la desea».

Muchas veces amamos a los hombres por los bienes que poseen: pero amar sus miserias por amor de ellos es cosa inaudita; y maravilla será si no se les aborrece a causa de las mismas.

«Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). Pero hay grados en este sacrificio; pues morir con esta alegría, con esta diligencia, es un amor incomparable. ¡Qué fe!

Día de san Francisco Javier (3 de diciembre 1674)

Este santo hablaba de Dios en todas partes, a toda clase de personas. Su primer pensamiento, en cualquier parte que se encontrase era: ¿qué servicio puedo prestar a mi prójimo?

Hay mil ocasiones en que poder llevar los hombres a Dios, y a menudo se consigue más que con la predicación; nadie hablaba con Berchmans que no saliese todo inflamado. Tengamos al menos ese celo los unos por los otros. ¿De qué hablamos con los seglares? En nuestras recreaciones ¿hablamos como jesuitas? Hablo poco de Vos, oh Dios mío; es que pienso poco en Vos, porque apenas os amo nada.

Podemos llevar los hombres a Dios por el ejemplo, como san Juan Berchmans, san Luis Gonzaga y el santo hermano Alfonso Rodríguez; con nuestra modestia para con los de fuera, y con los de casa por la observancia, por la práctica de todas las virtudes.

¿No soy yo, por el contrario, piedra de escándalo? Si los otros siguieran mi ejemplo, ¿habría observancia regular, habría mortificación en Casa? No queda por mí el que la Compañía no sea un conjunto de personas muy libres y sensuales.

Podemos hacerlo con nuestras oraciones y buenas obras. La predicación es inútil sin la gracia, y la gracia no se obtiene sino por la oración. Javier empezaba siempre por ahí; testigo, aquella cuaresma que pasó toda entera en tan terribles austeridades, que estuvo luego enfermo un mes entero, para obtener la conversión de tres soldados que vivían en el desorden. En efecto, sin eso ¿habría conseguido tanto fruto?

¡Cuántos predicadores le han sucedido que no han predicado menos, aunque hayan conseguido menos fruto! Si hay tan pocas conversiones entre los cristianos es porque hay pocas personas que oren, aunque hay muchas que predicán. ¡Cuán agradables a Dios son estas oraciones!; es como cuando a una madre le ruegan que perdone a su hijo.

La obediencia de san Francisco Javier es muy digna de admiración: le hablan de hacer un viaje de seis mil leguas y está dispuesto al punto.

San Ignacio le dice sencillamente: *Hay que ir*. No se detiene un solo momento. Hay que dejar amigos, parientes, las dulzuras de la patria, ir completamente solo a otro mundo. No hacen falta discursos para persuadirle. Parte sin recursos, sin equipaje, sin libros, etc.

¿Obedezco yo así? ¿Estoy presto a hacerlo? ¿O es que me mandan cosas más difíciles? Yo tengo hecho voto de obediencia; él no lo tenía hecho todavía. ¿No me hablan de parte de Dios? Javier obedece con alegría, y se echa a los pies de san Ignacio; se

estima dichoso por haber recaído sobre él la elección; le da las gracias.

Es esta una ocasión de gran mérito: cree que Dios le habla por la boca de Ignacio; y nosotros murmuramos cuando nos mandan cosas difíciles o contrarias a nuestras inclinaciones; las hacemos a regañadientes, creemos que el superior no nos tiene ninguna consideración, y quedamos resentidos.

Sin embargo, debíamos considerar esto como una gracia; no obedecemos sino cuando nos mandan lo que nos da gusto, lo hacemos porque nos gusta y no porque se nos manda.

Javier somete su juicio. ¡Qué ocurrencia, llamar a Europa al Apóstol de las Indias, al apoyo de la religión en medio mundo, y precisamente cuando está a punto de entrar en China, exponer una vida tan preciosa! No se le da ninguna razón de esto, ni tampoco la espera él para obedecer. Y nosotros, cuando estamos en un lugar en que nos encontramos bien, o creemos hacerlo bien en una ocupación que resulta bien, en una casa donde somos útiles, ¿qué cosa no decimos contra las órdenes que nos llaman a otra parte?

Entonces es cuando debemos obedecer: es Dios quien obra entonces contra toda razón humana por razones que nos son desconocidas, pero muy provechosas. El mal está en que no nos fiamos de Dios. Pero, este clima, este superior, esta ocupación... Vete en nombre de Dios: «Arrojad en Dios toda vuestra solicitud, porque Él tiene cuidado de vosotros» (1 Pe 5,7).

San Francisco Javier se creía indigno de obtener algo de Dios por sí mismo, y utilizaba los méritos de san Ignacio, las oraciones de sus hermanos y las de los niños. Por un sentimiento de verdadera humildad, se creía un gran pecador, y atribuía a sus pecados los obstáculos que se oponían a la propagación de la fe.

¡Qué milagro de humildad en tan grande hombre!

Pero, ¿no es todavía mayor milagro el que nos atrevamos nosotros a ensoberbecernos? ¿Qué hemos hecho en comparación de lo que hizo este gran santo? ¡Qué diferencia en el modo de hacer las mismas cosas! ¡Qué confusión al vernos tan diferentes! Pero si, no obstante esta diferencia, todavía tenemos vanidad, tenemos entonces un motivo mucho mayor de confusión.

Estimaba a los demás: a san Ignacio, a los que de Europa le escribían, a los demás eclesiásticos. Hacía caso de todos, les hablaba con una dulzura y una bondad admirables, les servía, les prestaba los oficios más viles.

No tenemos motivo para despreciar a nadie. Un hombre humilde sólo ve sus defectos, y es una señal de poca virtud el fijarse en las imperfecciones de los demás. Acaso es uno imperfecto hoy, y tal vez dentro de pocos días, reconociéndolo, se elevará a una gran santidad. Además, nuestra Regla nos obliga a mirar a los demás como superiores: «De aquí el honor, la reverencia, la pronta voluntad de servir a todos».

Cuando uno conoce bien sus miserias no parece mal que nos desprecien, porque se ve que es cosa justa; por esto san Francisco Javier recibía con paciencia, y hasta con gran alegría, los desprecios y ultrajes de los bonzos, no alterándose nunca y respondiéndoles con dulzura. Un pobre mendigo no se turba cuando lo rechazan, cuando no le saludan, ni cuando le dan el desecho de todo.

Un hombre humilde, por mal tratamiento que reciba, cree que le hacen justicia. «Los hombres no me estiman», se dice; tienen razón, convienen en esto con Dios y con los Angeles. Un hombre que ha merecido el infierno, encuentra que le es muy debido el

desprecio.

«Admirable es Dios en sus santos; magnífico en la santidad» (Sal 67,36; Ex 15,11). No es a Javier a quien yo admiro: a Dios, que puede hacer tan grandes cosas de un hombre, en un hombre y para un hombre; es decir, elevarle a tan grande virtud, darle un grado tan elevado de contemplación, hacer por su medio tan grandes conversiones y tan grandes milagros.

Esto me ha dado, a mi parecer, una gran idea de Dios y me ha hecho comprender la gloria tan grande que es servirle. ¡Es extraño que descuidemos el servicio de tan gran Señor! ¡Que tan pocas personas quieran consagrarse enteramente a Él! ¡Qué prodigio, esas conversiones que debían ser tan difíciles, y que han sido logradas en tan poco tiempo por un extranjero, por un pobre mal vestido, que hace siempre sus viajes a pie, completamente solo, que ignora la lengua de las naciones a quienes predica!

Este hombre hace cambiar las costumbres y de religión a los Reyes, a los sabios, a los pueblos y a la mitad del mundo en diez años; a pueblos separados por tan enormes distancias, que parece increíble los haya podido recorrer en tan poco tiempo.

He concebido un gran deseo de la conversión de esos pueblos abandonados. He pedido a Dios que, si era su voluntad fuese yo a llevarles la luz del Evangelio; que tuviera la bondad de abrirme el camino; si no, que se formen obreros dignos de tan alto honor, pues veo claramente que yo soy del todo indigno.

Me siento movido a trabajar para hacer conocer y amar a Dios en todas las ocasiones y por todos los medios posibles a mi debilidad, sostenida por la gracia de Dios, fortificada con los ejemplos de este gran santo y por su poderosa intercesión para con Dios. ¿Acaso, le he dicho, si tú has tenido tanto celo por un

bárbaro y desconocido, que has ido a buscarle hasta el fin del mundo, rechazarías a uno de tus hermanos, descuidando su salvación?

¡Ayúdame, gran Apóstol, a salvarme, y yo no descuidaré nada para ayudar a la salvación de los demás!

De pronto se ha hecho una gran claridad en mi espíritu: me parecía verme cargado de hierros y cadenas, arrastrado a una prisión, acusado y condenado por haber predicado a Jesús crucificado y deshonrado por los pecadores.

He concebido al mismo tiempo un gran deseo de la salvación de los infelices que están en el error, y me parecía que daría de buena gana hasta la última gota de mi sangre por sacar una sola alma del infierno.

¡Qué dicha para mí si a la hora de la muerte pudiera decir a Jesucristo: Vos habéis derramado vuestra sangre por la salvación de los pecadores y yo he impedido que para tal y tal no resultara inútil! Pero ¿qué diré yo si, pensando en convertir a otros, no me convierto a mí mismo? ¿Acaso trabajaré para poblar el Paraíso e iré yo a llenar el infierno?

No, no, Dios mío; Vos sois muy bueno, me ayudaréis a salvarme, me fortificaréis en los trabajos, con los cuales quiero merecer el Paraíso. ¿Debo morir acaso por mano del verdugo, debo ser deshonrado por alguna calumnia? Aquí todo mi cuerpo se horroriza y me siento sobrecogido de terror. *¿Me juzgará Dios digno de sufrir algo notable por su honor y su gloria?*

No veo la más mínima apariencia; pero si Dios me hiciera este honor, abrazaría de todo corazón cualquier cosa: prisiones, calumnias, oprobios, desprecios, enfermedades; todo lo que sea de su gusto; sólo nuestros sufrimientos le agradan.

Me parece, no sé si me engaño, pero me figuro que Dios me prepara males que sufrir; ¡envíadme estos males, amable Salvador mío! ¡Procurádmelos, gran Apóstol, y eternamente daré por ello gracias a Dios y os alabaré!

«Seréis bienaventurados cuando os aborrezcan y persigan los hombres» (Mt 5,11). Enviadme, Señor, estos males, los sufriré con gusto.

Inmaculada Concepción (8 de diciembre 1674)

El día de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen resolví abandonarme de tal modo a Dios, que está siempre en mí y en el cual existo y vivo, que no me preocupé absolutamente nada de mi vida, no sólo exterior, pero ni aun interior, descansando suavemente en sus brazos, sin temer ni tentación, ni ilusión, ni prosperidad, ni adversidad, ni mis malas inclinaciones, ni siquiera mis propias faltas, esperando que Él lo llevará todo, por su bondad y sabiduría infinita, de tal modo que todo redunde en su gloria.

Me resolví a no querer ni ser amado, ni sostenido por nadie, queriendo tener en Dios mi padre y mi madre, mis hermanos y mis amigos, y todos aquellos que pudieran ser objeto para mí de algún sentimiento de afecto.

Me parece que se está muy a gusto en un asilo tan seguro y tan dulce, y que no debo temer en él ni a los hombres, ni a los demonios, ni a mí mismo, ni la vida, ni la muerte. Con tal que Dios ese mantenga en él, soy sumamente feliz. Me parece que he encontrado en esto el secreto para vivir contento, y que de aquí en adelante ya no debo temer nada de lo que temía en la vida espiritual.

¿Por qué una pureza tan grande en María? Porque debía

alojar en sus entrañas al Hijo de Dios. Si no hubiese sido más pura que los ángeles, el Verbo no hubiese podido entrar en ella con agrado, no hubiera venido con placer, no hubiese podido darle aquellos preciosos dones de que la llenó en el momento en que en ella fue concebido.

Nosotros recibimos en el Santísimo Sacramento del Altar al mismo Jesucristo a quien María llevó nueve meses en sus entrañas. ¿Cuál es nuestra pureza? ¿Qué cuidado ponemos en preparar nuestra alma? ¡Cuánta inmundicia! Caemos en faltas la víspera, el mismo día, en el acto mismo de comulgar. Y con todo, viene Jesús; ¡qué bondad!, y nosotros vamos a Él: ¡qué temeridad! «Apartaos de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Le 5,8).

Pero este Dios de bondad ¿viene con gusto? Examinemos cuáles deben ser sus sentimientos. ¿No le repugna la vista de tan gran corrupción? Y nosotros vamos a Él osada e imprudentemente, sin confusión, sin contrición, sin penitencia.

¡Oh Dios mío!, procuraré preparar mi corazón de tal suerte, que tengáis placer en él y encontréis en él vuestras delicias. Para no oponerme a las inmensas gracias que recibiré si tuviera cuidado de purificarme, si supiera lo que pierdo. Pero, ¡ay Dios mío, mi ignorancia justifica poco mi negligencia! ¿Ignoro acaso lo que el decoro exige de mí, cuando debo tratar con los hombres?

Además de lo que me han enseñado y he mamado, por decirlo así, con la leche, ¿cuántas reflexiones, cuánto tiempo perdido en instruirme?, y todo para agradar a quien, un momento después, se burla de mí. Y puede ser que nunca haya pensado bien lo que debo evitar para no desagradaros a Vos. ¿Qué digo, pensar bien alguna vez en mis deberes para con Vos? ¿He pensado siquiera? ¿Qué espero así, tan ingrato e infiel? ¿Que Vos

tengáis cuidado de mí? ¿Y cuándo habéis dejado de hacerlo? ¿Esperaré a que mis extravíos os obliguen a no pensar más en mí?

¡Ay, amable Salvador mío!, no los tengáis en cuenta, ¡os he dado tantas ocasiones de olvidarme, de despreciarme, y de no acordaros de mí más que para precipitarme en los infiernos! No lo habéis hecho, Dios de bondad; os doy gracias; quiero servirlos mejor en lo sucesivo. Con el cuidado que ponga en purificarme, me haré capaz de aprovecharme de vuestras visitas, y de moveros a venir a mí con gusto.

¡Venid a mí, Dios mío, y con vuestra santa gracia encontraréis mi corazón más puro y más limpio; pero si llega a agradaros alguna vez, tornadlo entonces Vos, Dios mío, no sea que las criaturas os lo roben! No lo consentiré jamás, porque quiero ser todo vuestro; con todo, me temo a mí mismo más que a mis más terribles enemigos. ¡Únicamente en Vos confío! «Todo lo puedo —diré, y añadiré luego— y a todo me atrevo en Aquel que me conforta, (Flp 4,13).

b) Año 1675

Respeto humano

Reflexionando ayer tarde después de la oración, sobre lo que había casi debilitado mis resoluciones, he reconocido que no he ahogado aun en mí el vano temor de los hombres, quiero decir, el respeto humano; y, que, aunque gracias a vuestra infinita misericordia, Dios mío, he salido bien en algunas ocasiones con la ayuda de vuestra poderosa gracia, reconozco, sin embargo, mi miseria, y comprendo que sois Vos solo quien hace todo el bien en mí.

Y os ofendería a cada momento, muy gravemente, si no me dieseis la mano para sacarme del lodazal a que me llevarían mis malas inclinaciones, y donde mi natural, demasiado complaciente, me comprometería si no usaseis conmigo del dominio que ejercéis sobre todas las criaturas. Pero, Dios mío, ¿cuántas acciones de gracias deberé daros por tantos beneficios como me hacéis? Por indigno e ingrato que sea os alabaré, amable Salvador mío, y publicaré por doquier que Vos sois el único que debe ser amado, servido y alabado. Para confirmarme en esta verdad, me habéis hecho ver que el respeto humano nos mueve a hacer el mal por temor de desagradar a los hombres, nos hace omitir el bien por no disgustados y hacer el bien para agradarles.

En efecto; me doy cuenta de que por miedo de desagradar a los hombres se dan cosas sin permiso, se quebranta el silencio, se oye criticar y murmurar y no se advierte de ello a los superiores cuando se debiera hacer. ¡Cosa extraña! Se prefiere atraerse la indignación de Dios antes que exponerse a disgustar a un hombre: «¿A quién me habéis hecho semejante?» (Cf. Is 40,18).

Confusión, con dolor y propósito, a la vista de Dios, no obstante sus amenazas y sus promesas. ¿Qué espero yo de este hombre? ¿Qué temo? ¿No es verdad que es imposible que no tengamos en la religión a menudo buenos deseos? Pero es extraño que a veces no los pongamos por obra por temor a los hombres. ¿Qué dirán si quiero ser exacto, devoto, mortificado?

He emprendido ya cierto género de vida; si tuviese que empezar, muy de otro modo procedería; pero, pasaría por beato. Gustoso haría esto y aquello si me atreviese: «El que se avergonzare de mí delante de los hombres» (Lc 9,26). Y lo de santa Frontina: «De tal modo temía a Dios, que era temida de los

hombres».

¿Tendré yo menos fuerza y resolución que el hermano Jiménez?, el cual cuando iba a entrar jesuita hizo este voto: «Os prometo, Dios mío, no hacer nada que no sea por amor vuestro. Pues ¿a dónde iré para servir a alguien, si no es a Vos, que sois mi Dios y Señor?».

Si no estamos alerta perdemos casi toda la vida por el deseo de agradar a los hombres. Pues ¿qué obligación tenemos para con ellos? ¿Qué bien esperamos de ellos? Más desgraciados somos y más despreciables que los que trabajan para ganar dinero.

Pero, ¡qué error el mío!, estos hombres, a quienes tanto y tan neciamente temo en la religión, esperan verme practicar todo el bien que yo temo hacer delante de ellos. Me tratan de loco e insensato cuando falto; saben que precisamente para ser virtuoso, devoto y mortificado he dejado el mundo y ven que no lo soy. Mira a ese extravagante, dicen, que se aparta de su fin; si quería vivir así, ¿por qué no se quedó en el mundo, donde hubiera podido hacerlo sin pecar, y en la religión está con peligro de perderse? Esto es lo que juzgan de mí aquellos mismos cuyos juicios temo.

¿No soy bien miserable, Dios mío, por desagradaros a Vos y no agradar a los hombres? Si hiciera por Vos otro tanto me juzgaríais favorablemente, y los hombres no sentirían por mi conducta el desprecio que sienten; pues, al fin y al cabo, todo hombre de buen sentido estima la virtud, aun cuando no la quiera practicar.

Combate espiritual

Cuando considero mi inconstancia, me horrorizo y temo ser del número de los réprobos. ¡Dios mío, qué desorden!, ¡qué

revolución!, tan pronto estoy alegre como triste. Hoy acaricia uno a todos; mañana nos volvemos como un erizo, que no se puede tocar sin pincharse.

Señal es ésta de poca virtud; de que reina aún en nosotros la naturaleza; de que nuestras pasiones no están nada mortificadas. Un hombre verdaderamente virtuoso es siempre el mismo. Si a veces obro bien, es más por humor que por virtud. Un hombre que se apoya en Dios es incommovible, no puede ser derribado, decía el P. Caraffa. Suceda lo que suceda y por enojoso que sea, está contento, porque no tiene otra voluntad que la de Dios.

¡Oh dichoso estado! ¡Oh paz, oh tranquilidad! ¡Es necesario luchar para llegar ahí!

Lo reconozco, Dios mío, y demasiado me lo enseña la experiencia, que uno es bueno un día y al otro malo; que insensiblemente se va uno relajando. ¿De qué proviene que ya no soy lo que era en el noviciado? ¿Será acaso que creemos que hemos hecho bastante para pagar a Dios y ganar el Paraíso?

Comparemos nuestros méritos con los de los santos. Hemos recibido nuevas gracias; deberíamos, por lo tanto, aumentar nuestro agradecimiento. Estamos más cerca de la muerte, somos más razonables, tenemos mayor formación. ¿De dónde viene, pues, que hayamos cambiado? ¡Que la razón nos haga entrar en nosotros mismos! Las más pequeñas ocasiones me hacen olvidar mis buenos propósitos: ¿cómo las preveo? ¿cómo me conduzco en ellas?, etc.

Día de san Juan Bautista (24 de junio 1675)

San Juan, aunque inocente, pasa la vida en una continua penitencia. Este es el espíritu del cristianismo. Debemos practicar

siempre esa virtud, porque hemos pecado; aunque hubiéramos cometido un solo pecado, no sabemos si Dios nos ha perdonado; y aunque lo supiéramos, san Pedro y santa Magdalena lloraron hasta la muerte. He merecido el infierno, he crucificado a mi Dios; esto me debe mantener en humildad y alimentar en mi corazón un santo arrepentimiento de mí mismo.

Peco todos los días; apenas hago una acción, aunque sea santa, en la que no haya algo que merezca el Purgatorio. Por esto, hacer a menudo actos de contrición es muy necesario y ventajoso. San Ignacio se examinaba después de cada acción. Yo hago muchas más faltas que él y ni pienso en ellas; ¡qué ceguedad!

Puedo aun pecar. ¡Miserable condición de la vida! ¡que este peligro me vuelva amarga la vida a mí y a los que aman a Dios y conocen el precio de la gracia!, pero ¡que les vuelva también agradable la penitencia y la mortificación, que es un medio tan eficaz para prevenir esta desgracia! Reprime la carne, debilita la naturaleza, cercena las ocasiones, aleja los objetos, etc. ¡Santa penitencia! ¡Dulce penitencia!

La consideración de las virtudes de nuestros hermanos debe inspirar a los que tienen verdadera caridad sentimientos de alegría al ver que tienen estas virtudes y que Dios se glorifica en ellos: «La caridad no se regocija de la iniquidad, sino que se alegra con la verdad» (1 Cor 13,6). ¿Nos causan tristeza? Es necesario alabar a Dios, darle gracias y pedir para ellos que perseveren y se perfeccionen más y más.

Este es el medio de tener parte en todo el bien que hacen en las confesiones, mortificaciones, misiones, etc., y a veces más parte que ellos mismos a causa del desinterés. San Agustín decía: ¿Estáis envidiosos de que vuestro hermano es más mortificado?

Regocijaos de su mortificación, y desde ese momento será vuestra. No, Dios mío, no tengo envidia de las virtudes de mis hermanos: «Hermana nuestra es: que crezca» (Gen 24,60).

Por el contrario, me humillo y me confundo comparándome con ellos. Pocos hay en los cuales no vea yo algo excelente y que yo no tengo. Puede suceder que tengan defectos; pero la mayor parte son involuntarios, y un pecador como yo apenas los debe notar, sino excusarlos y tener los ojos fijos en los míos. Sus virtudes son de ordinario verdaderas virtudes. Esto nos sirve para mantenernos en la humildad, en el respeto, en la caridad. ¿Lo hago yo así? No; señal de orgullo.

En vez de esta envidia encendida en mí, oh Dios mío, una santa emulación de imitarlos y aprovecharme de sus ejemplos. Me condenarán en el día del Juicio. Deben excitarme y animarme para hoy. Son avisos sensibles que Dios me da. «¿Y no podrás tú lo que éstos?» (S. Agustín, Confesiones, 8,11).

Los ejemplos de nuestros hermanos nos deben mover más que los de los santos antiguos, porque los tenemos todos los días ante los ojos. Los veo, por ejemplo, proceder con gran moderación, teniendo un temperamento de fuego; los veo practicar las humillaciones más repugnantes, siendo de distinguida educación; los veo austeros y mortificados, aunque sean de muy delicada salud.

¡Qué vergüenza para mí, tener a la vista tan grandes ejemplos de humildad en personas de calidad, de tan ruda mortificación en cuerpos educados tan delicadamente!, ¿y no me aprovecho para ser mejor?

Presencia de Dios

Dios está en medio de nosotros y parece que no lo reconocemos. Está en nuestros hermanos y quiere ser servido en ellos, amado y honrado, y nos recompensará más por esto que si le sirviésemos a Él en persona. ¿Cómo me porto yo? ¿Amo, honro a todos mis hermanos? Si exceptúo a uno sólo, ya no es a Jesucristo a quien considero y ni siquiera parece que lo reconozco en ellos. Si los amo es por ellos, para ser estimado, considerado, porque es conforme al mío su carácter. *Que cada uno considere en ese hermano a Jesucristo.*

Está en medio de nosotros en el Santísimo Sacramento. ¡Qué consuelo estar en una casa donde habita Jesucristo! Pero, ¿no se diría que ignoramos nuestra dicha? ¿Lo visitamos a menudo? ¿Vamos a Él en nuestras necesidades? ¿Le consultamos nuestros proyectos? ¿Le contamos nuestros disgustillos, en vez de tomar consejo de nuestros amigos, de quejarnos, de murmurar, etc.? «En medio de vosotros está Aquel a quien no conocéis» (Jn 1,25).

Dios está en medio de nosotros, o mejor dicho, nosotros estamos en medio de Él; en cualquier lugar donde estemos nos toca: en la oración, en el trabajo, en la mesa, en la conversación. No pensamos en ello; pues si no, ¿cómo haríamos nuestras acciones, con qué fervor, con qué devoción? ¡Si cuando estoy ocupado en el estudio, en la oración, en cualquier otro trabajo creyese yo que un superior me ve desde algún rincón donde está oculto!

Hagamos a menudo actos de fe; digamos con frecuencia: Dios me mira, aquí está presente. No hacer nunca nada, estando a solas, que no quisiéramos hacer a vista de todo el género humano.

Día de Navidad (25 de diciembre 1675)

He considerado con un gusto delicioso y una vista muy clara los excelentes actos que la Santísima Virgen practicó en el nacimiento de su Hijo. He admirado la pureza de este Corazón y el amor en que se abrasa por este divino Niño; pues su santidad no se ha disminuido con el afecto natural, y con todo ha sobrepujado en ardor y ternura el amor natural de todas las madres del mundo. Me parecía ver los latidos de este Corazón y me encantaban.

Desde la víspera de Navidad he estado muy ocupado con un pensamiento muy consolador que me ha hecho practicar muchas veces y con mucha dulzura los actos siguientes:

De alegría, considerando que la mayor parte de los fieles en el mundo cristiano se ocupan en honrar a Dios y santificarse, sobre todo las personas santas, los religiosos fervorosos, muchos seglares escogidos que viven de un modo muy perfecto y pasan, especialmente la víspera y el día de Navidad, en santos ejercicios. Me parece que el aire está todo embalsamado con su devoción, y que las virtudes juntas dan un perfume admirable que sube al Cielo y lo alegra infinitamente.

De acción de gracias, por los favores que Dios dispensa a las almas y a todos los cristianos.

De petición: que quiera Dios purificar y abrasar el sacrificio de ellos y el mío. Venís, Señor, Vos mismo a traer este fuego, y ¿qué queréis, sino que arda y que toda la tierra se abraze? Todos vuestros fieles servidores trabajan con ardor y constancia para merecer alguna centella de él, no os pido recompensas; pues ¿qué he hecho todavía que las merezca?

Os pido solamente, Dios todopoderoso y anonadado, que no

me tratéis con rigor; perdonadme mis infidelidades en atención a todo el bien que practican mis hermanos, que os sirven tan religiosamente.

Y si mis debilidades y mis extravíos os han enojado e irritado contra mí, castigadme en este mundo. Tengo un cuerpo que sirve para sufrir, hacedle sentir el peso de vuestra justicia; no me quejaré, sino que, en lo más fuerte de la enfermedad y de la calumnia, en la prisión y en la infamia, os alabaré y bendeciré con los tres niños del horno de Babilonia, segurísimo de que, si tenéis la bondad de castigarme en este mundo, me perdonaréis en el otro.

Sentía en mí grandes deseos de imitar el fervor de los santos religiosos y fervorosos cristianos que pasan estos días en continuas comunicaciones con este Dios humillado, ofrecer a Dios algunas heroicas mortificaciones, mantenerme unido a Dios hecho niño. Y me sentía tan atraído, que no podía ocuparme de ningún otro pensamiento sin trabajo, cometiendo aun incongruencias; tanto era lo que me arrebatava este pensamiento.

¡Cuán bueno sois, Dios mío, pues recompensáis tan plenamente los esfuerzos que he hecho! Cesad, mi soberano y amable Señor, de colmarme de vuestros favores; conozco lo indigno que soy de ellos, me acostumbraréis a serviros por interés, o me induciréis a excesos; pues ¿qué no haría yo si no me obligaseis a obedecer a mi director, para merecer un instante de estas dulzuras que me comunicáis?

¡Insensato! ¿Qué digo merecer?, perdonadme, oh amable Padre, esta palabra; me turba el exceso de vuestras bondades, no sé lo que digo; ¿acaso puedo yo merecer estas gracias e inefables consuelos con que me prevenís y me colmáis? No, Dios mío; Vos solo sois quien por vuestros sufrimientos, y por vuestra intercesión

para con vuestro Padre, me procuráis todos los favores que recibo. Sed eternamente bendito por ellos, y agobiadme con males y miserias para que tenga alguna parte en las vuestras.

No creeré que me amáis, si no me hacéis sufrir mucho y por mucho tiempo. Yo he cometido la falta: ¿es acaso justo que el Hijo sea castigado por el esclavo?

Nada tan puro como la maternidad de María. Dio a luz a Jesucristo sin perder nada de su integridad; ninguna mancha, ninguna sombra empañó la santidad de este parto. Así es como las personas apostólicas deben hacer nacer a Jesucristo en los corazones. Sucede a veces que nos manchamos purificando a otros. Es cosa frecuente, y hasta es una especie de milagro el que no pierda un hombre nada de su humildad, nada de su santidad en las obras de celo, y que en ellas no busque más que a Dios.

Dios nos había dejado caer en un abismo de miserias para tener ocasión de manifestarnos su amor. Pero nuestras miserias, por grandes que sean, estaban muy por debajo de su celo.

Una sola gota de su sangre bastaba para curarnos; pero su amor no se podía contentar con tan poca cosa: derramó hasta la última gota de sus venas. No era esto necesario para la curación de nuestros males; pero sí lo era para la manifestación de su amor.

e) Año 1676

El hombre y Dios

Me encuentro consolado, oponiendo a los sentimientos de los hombres que nos estiman y tienen en algo, el juicio de Dios, en presencia del cual no somos más que átomos. No le somos

necesarios para nada; puede pasarse tan fácilmente sin nosotros, como si jamás hubiéramos existido; hará perfectamente y sin nosotros cuanto tiene designio de hacer, tiene mil servidores más celosos, más fieles, más agradables a sus ojos; puede formar en un momento una infinidad de otros más completos todavía, y servirse del más miserable de los hombres para sus designios más grandiosos.

¡Qué maravilla, Dios amabilísimo, si algún día queréis serviros de mi debilidad para sacar a algún miserable de las puertas de la muerte! Si no hay más que quererlo, yo lo quiero con todo mi corazón. Verdad es que es necesario ser santo para hacer santos, y mis defectos tan considerables me dan a conocer cuán lejos estoy de la santidad; pero hacedme santo, Dios mío, y no me perdonéis nada para hacerme bueno; pues yo quiero serlo, cueste lo que cueste.

Esencia de Dios

Sobre esta verdad: que hay un Dios y que este Dios es un ser que no tiene nada de no ser; que nada puede perder, nada adquirir; que encierra en sí todo el ser y es su manantial; que no puede depender de ningún otro ser en la más mínima cosa, ni para ser ni para mejor ser; me he sentido penetrado de un profundo respeto hacia esta grandeza incomprensible, me parece que jamás he comprendido tan bien como ahora la nada de todas las cosas, oponiéndolas a esta idea.

Los ángeles, los grandes Santos, la misma Virgen Santísima y la santa Humanidad de Jesucristo, que no tienen nada por sí mismos y que dependen de Dios en todo: todo esto me parecía como nada en comparación de Dios.

Mi sorpresa ha llegado al colmo cuando he reflexionado que mi Dios, siendo tan grande y tan independiente como me lo represento, se digna pensar en el hombre, entretenerse, por decirlo así, en escuchar sus ruegos, en exigir sus servicios, en considerar sus defectos.

Me parecía ver a un gran Rey cuidando de un hormiguero. Si nos condenase o nos aniquilase sin otra razón que su voluntad, sería como si un hombre se entretuviese en matar moscas o en aplastar hormigas. (cfr. Sab. 12,18: «Con gran atención nos gobiernas»).

Lo que me hace volver de mi asombro es que en la misma medida en que es grande es también bueno, misericordioso y benéfico. Es un abismo de grandeza, es verdad; pero también es un abismo de misericordia. He aquí lo que me anima a esperar, a atreverme a acercarme a Él para hablarle; sin esta consideración, me parece que ni siquiera me atrevería a pensar en Dios.

Pensaré, no obstante, en Vos, Dios mío, no para comprenderos; es necesario no estar apegado a la tierra para ello, y yo siento que mi corazón está aún pegado a las cosas humanas. Tantos deseos de ser estimado, amado y alabado, aunque la gloria y las alabanzas sólo a Vos son debidas; tanto amor a mis propias comodidades me hace gemir; porque, cuando me creía más a cubierto del amor propio, veo que me ha sorprendido, y con gran vergüenza y confusión mía se ha burlado de mí.

Abridme, pues, los ojos, amable Jesús. «¡Señor, que vea!» (Lc 18,41). No os pido ni veros, ni conoceros; dadme solamente luces que me descubran a mí mismo, y así infaliblemente os conoceré: «Señor, conózcame a mí, conózcate a ti» (S. Agustín). No puedo conocerme a mí sin conoceros a Vos; mis imperfecciones me darán

un ardiente deseo de conocer algo que sea mejor que la criatura; y ¿qué hay sobre la criatura que valga más que el Creador de ella? «A ti se dirige todo mi deseo» (Sal 37,10). Todo lo demás me desagrade, y yo a mí mismo más que todo; porque no conozco nada más digno de repulsión, nada más despreciable y miserable.

Esta consideración de la grandeza e independencia de Dios por un lado, y de la nada de todas las criaturas por otro, me ha descubierto la bajeza y cobardía de aquellos que se hacen dependientes de los hombres, la generosidad y la dicha de los que sólo quieren depender de Dios. El único medio para sacarnos de la triste nada en que estamos, es adherirnos a Dios: «El que se apega a Dios es un mismo espíritu con El» (1 Cor 6,17). Así nos elevamos del polvo y en cierto modo nos hacemos semejantes a Dios.

Espiritualidad de Dios

Al considerar la espiritualidad de Dios he entendido cómo es que Dios, que es todo espíritu, puede ser gustado, oído, visto, abrazado por los sentidos espirituales. Esta consideración ha sido una persuasión interior y fuerte de la presencia de Dios que la fe hace como sensible al alma, de tal manera que no duda, y que ni aun necesita hacerse violencia ni razonar para quedar convencida de su verdad. Esta disposición en que me he encontrado me ha dado un gran deseo de mortificar los sentidos exteriores, cuyos desórdenes y operaciones son los únicos obstáculos que tiene el alma en el uso de los sentidos espirituales. «El hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios» (1 Cor 2,14). No me sorprende que los hombres carnales no conozcan a Dios. Es que Dios es espíritu y el espíritu está muerto, o al menos amortiguado,

en el hombre carnal.

Simplicidad de Dios

La simplicidad de Dios me parece cosa admirable. Una naturaleza que excluye toda composición de partes, esenciales, integrantes, y accidentales; que es todas las cosas, y no es sino una sola cosa; que es su propia existencia, que es todo lo que ella tiene: su sabiduría, su bondad, su eternidad, su poder, etcétera.

Me represento una flor que tuviese los olores de todas las flores. Se podría quizás hacer una composición en donde se encontrasen todos estos olores; pero ¡qué maravilla si una cosa simple los tuviese todos y en todas sus partes y en la mayor perfección! Una fruta que tuviese el gusto de todas; una piedra preciosa que tuviese todos los colores de las otras piedras; una planta que tuviese todas las virtudes de todas las demás plantas, etcétera: «Teniendo en ti solo todas las cosas, no debemos dejarte» (Tob 10,5).

Me he sentido inclinado a imitar esta simplicidad de Dios:

1.º En *mis afectos*, no amando sino sólo a Dios; no recibiendo en mí sino este amor. Y esto es fácil, puesto que en Dios encuentro todo lo que pudiera amar fuera de Él, y así mi amor será como dice la Escritura de Dios: «Santo, único y múltiple» (Sab 7,22). Pero mis amigos me aman, yo los amo; Vos lo veis, Señor, y yo lo siento. ¡Oh Dios mío, el único bueno, el único amable! ¿Es necesario sacrificároslos, pues que me queréis sólo para Vos? Haré este sacrificio, que me costará aún más que el primero que hice al dejar padre y madre. Hago, pues, este sacrificio y lo hago de corazón, pues que me prohibís dar parte de mi amistad a ninguna criatura.

Dignaos recibir este sacrificio tan rudo; pero en cambio, divino

Salvador mío, sed Vos su amigo. Ya que Vos queréis ocupar en mí su lugar, ocupad en ellos el mío; yo os haré acordaros de ellos todos los días en mis oraciones, y de lo que debéis hacer por ellos, pues me habéis prometido sustituirnos en mi lugar. ¡Dichosos de ellos si se aprovechan de esta ventaja!

Os importunaré tanto, que os obligaré a hacerles conocer y estimar el bien que tendrán en el mandamiento que me ponéis de no tener más amigos para poder serlo vuestro. Sed, pues, su amigo, Jesús mío, el único y verdadero amigo. Sed el mío, puesto que me ordenáis serlo vuestro.

2.º En *mis intenciones*: «Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será claro» (Mt 6,22). No buscar sino a Dios; ni siquiera buscar sus bienes, sus gracias, las ventajas que en su servicio se encuentran como la paz, la alegría, etc., sino sólo a Él.

Desasimiento universal

Un medio excelente para desprender el corazón de todo, es cambiar a menudo de lugar, empleo, etc.: se apega uno insensiblemente y se echan raíces, como aparece en la pena que se siente al dejarlos. Es una especie de muerte salir de un lugar donde uno es conocido y donde tiene algunos amigos.

El pensamiento de que Dios me acompañará a todas partes es lo que me hará soportar la separación sin turbarme; porque en cualquier parte adonde vaya encontraré al mismo Señor, y respecto a esto no cambiaré nada. Es el mismo Dios a quien yo adoro aquí, que me conoce y me ama, y a quien quiero únicamente amar.

Inmortalidad de Dios

"El único que tiene la inmortalidad» (1 Tim 6,16). Sólo Dios es inmortal. Todo lo demás muere: reyes, parientes, amigos; los que nos estiman, o a quienes estamos obligados, se separan de nosotros o por la muerte o por la ausencia. Nos separamos de ellos, y el recuerdo de nuestros beneficios, la estima, la amistad, su agradecimiento mueren en ellos.

Las personas a quienes amamos mueren, o al menos la belleza, la inocencia, la juventud, la prudencia, la voz, la vista, etc., todo eso muere en ellos.

Los placeres de los sentidos no tienen, por decirlo así, más que un momento de vida. Sólo Dios es inmortal de todas las maneras.

Como Dios es simplicísimo, no puede morir por la separación de partes que lo componen; como es sumamente independiente, no puede desfallecer por la sustracción de un concurso extraño que lo conserva.

Además, no puede ni alejarse ni cambiar. No solamente existirá siempre, sino que será siempre bueno, siempre fiel, siempre razonable, siempre hermoso, generoso, amable, poderoso, sabio y perfecto con todas las maneras de perfección.

El placer que gustamos en poseerlo es un placer que jamás pasa; es inalterable, no depende ni del tiempo ni del lugar, no causa jamás hastío, antes al contrario, se hace cada vez más encantador a medida que más se goza.

Infinita perfección de Dios

Dios es perfecto en todos los sentidos. Es imposible encontrar

en Él algo que no sea infinitamente bueno. Dios es sabio, prudente, fiel, bueno, generoso, hermoso, dulce, no desprecia nada de cuanto ha creado, hace caso de nosotros, gobernándonos con dulzura y hasta con respeto, paciente, exento de todos los movimientos desordenados de las pasiones, tiene todo cuanto amamos en las criaturas. Todo está reunido en El, y para siempre y de un modo infinitamente más perfecto.

No tiene ninguno de los defectos que nos desagradan, que nos disgustan, que nos repugnan en las cosas criadas. ¿De dónde, pues, procede que no le amamos exclusivamente? ¿Qué es lo que puede justificar este desamor? Cuando encontramos algo muy perfecto y cumplido, en cualquier género que sea, ya no podemos sufrir lo demás.

Una hermosa voz bien educada nos produce gran disgusto de los malos cantores; un hombre entendido en pintura y que ha estudiado durante algún tiempo los originales de Rafael y de Ticiano no se digna fijar sus ojos sobre las obras de otros pintores. Cuando se ha vivido entre personas educadas y finas no es posible acostumbrarse a una conversación menos delicada y fina.

Dios, fuente de toda perfección

Dios no solamente es perfecto, sino que es la fuente de toda perfección. Sólo de Él se puede sacar, y hay que hacerlo, estudiándolo y considerándolo: *Similis ei erimus quoniam videbimus eum sicuti est*: «Seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es» (1 Jn 3,2).

Esto será en el Cielo; en esta vida, tanto más nos asemejaremos a Él cuanto más lo contemplemos. Tenemos gran obligación de ser perfectos, porque en un hombre que predica la

virtud y hace profesión de ella las imperfecciones perjudican más al prójimo que le aprovecha su virtud; dan ocasión para creer que no hay verdadera santidad, que es imposible la perfección y que no es sino ilusión o hipocresía. Si las imperfecciones no producen estos pensamientos, persuaden al menos a los flojos que se puede seguir siéndolo y ser santo al mismo tiempo. Es suficiente para adormecer a un imperfecto, y para alimentar en su corazón alguna pasión que le lisonjea y que ama, el haber observado alguna sombra de ella en un hombre que tiene fama de hombre bueno. Se cree así autorizado a continuar contentando su amor propio, y se imagina que no será por ello menos santo.

Eternidad de Dios

Pensando en la eternidad de Dios, me la he representado como una roca inmóvil a la orilla de un río, desde donde el Señor ve pasar todas las criaturas sin moverse y sin que Él pase nunca.

Todos los hombres que se apegan a las cosas creadas me han parecido como individuos que, arrastrados por la corriente de las aguas, se agarran unos a una tabla, otros a un tronco de árbol, otros a una aglomeración de espuma que toman por cosa sólida.

Todo eso se lo lleva la corriente; los amigos mueren, la salud se consume, la vida pasa, se llega a la eternidad, llevado sobre esos pasajeros apoyos, como a un dilatado mar, donde no podéis impedir el entrar y el perderos. Se comprende bien cuán imprudente ha sido uno al no agarrarse a la roca, al Eterno; se quiere volver atrás, pero las olas nos han llevado demasiado lejos y no se puede volver; es necesario perecer juntamente con las cosas perecederas. Por el contrario, un hombre que se abraza a Dios ve sin temor el peligro y la pérdida de todas las otras cosas. Suceda lo

que suceda, haya los cambios que haya, se encuentra siempre sobre su roca. Dios no puede escapársele; abrazado a solo El, se encuentra siempre a El asido; la adversidad le sirve sólo para regocijarse de la buena elección que ha hecho. Posee siempre a su Dios; la muerte de sus amigos, de sus parientes, de los que le estiman y favorecen, el alejamiento, el cambio de empleo o de lugar, la edad, la enfermedad, la muerte, nada le quitan de su Dios. Está siempre igualmente contento, diciendo en la paz y gozo de su alma: «Bueno es para mí el juntarme a Dios; poner en el Señor mi esperanza» (Sal 72,28).

Esta consideración me ha conmovido mucho. Me parece haber comprendido esta verdad, y que Dios me ha hecho la gracia de persuadirme de ella, de un modo tal que me da gran ánimo y facilidad para desprenderme de todo, y no buscar más que a Dios en toda mi vida y por todos los caminos por los que a Él le agrada llevarme, no manifestando nunca inclinación ni repugnancia, recibiendo ciegamente todos los empleos que mis Superiores me encargaren.

Y si alguna vez sucediese que me diesen a escoger (lo primero, Dios mío, y confío guardarlo con vuestra gracia); si sucediese, digo, que me diesen a escoger mis Superiores, prometo renovaros el voto que me habéis inspirado: de escoger siempre el empleo y lugar hacia los cuales sintiere mayor repugnancia y donde crea, según Dios y en verdad, que tendré más que sufrir.

Vos me habéis dado el ejemplo, ¡amable Jesús mío!, y en cuanto pueda, quiero regirme por vuestros ejemplos y vuestras máximas, que son las únicas que me pueden conducir a Vos, y sacarme de mis perplejidades e ignorancias y de los errores en que pueden precipitarme mis pasiones.

ORACIONES

Ofrecimiento o Consagración al Corazón de Jesucristo

a) *Razones para el ofrecimiento*

Este ofrecimiento se hace para honrar a este divino Corazón, asiento de todas las virtudes, fuente de todas las bendiciones y retiro de todas las almas santas.

Las principales virtudes que pretendemos honrar en Él, son las siguientes:

Primero: Un ardentísimo amor a Dios, su Padre, junto con un profundo respeto y la mayor humildad que existió jamás.

Segunda: Una paciencia infinita en los males, un sufrimiento y un dolor extremo por los pecados que cargó sobre sí; la confianza de un hijo tiernísimo unida a la confusión de un grandísimo pecador.

Tercero: Una compasión muy sensible por nuestras miserias, un amor inmenso a pesar de estas mismas miserias; y no obstante todos estos sentimientos, cada uno de los cuales llegó al más alto grado posible, una igualdad de ánimo inalterable causada por una conformidad tan perfecta con la voluntad de Dios, que no se podía turbar por ningún suceso, por contrario que pareciese a su celo, a su humildad, a su mismo amor y a todas las otras disposiciones en que se hallaba.

Este Corazón se encuentra aún, en cuanto es posible, en los mismos sentimientos y, sobre todo, siempre abrasado de amor

para con los hombres; siempre abierto para derramar sobre ellos toda clase de gracias y bendiciones; siempre sensible a nuestros males; siempre apremiado del deseo de hacernos partícipes de sus tesoros y de dársenos a sí mismo; siempre dispuesto a recibirnos y a servirnos de asilo, de mansión, de paraíso, ya en esta vida.

A cambio de todo esto no encuentra en el corazón de los hombres más que dureza, olvido, desprecio, ingratitud. Ama y no es amado y ni siquiera es conocido su amor; porque no se dignan los hombres recibir los dones por los que quiere atestiguarlo, ni escuchar las amables e íntimas manifestaciones que quiere hacer a nuestro corazón.

b) *Fórmula de la entrega*

En reparación de tantos ultrajes y de tan crueles ingratitudes, oh adorable y amable Corazón de Jesús, y para evitar en cuanto de mi dependa el caer en semejante desgracia, yo os ofrezco mi corazón con todos los sentimientos de que es capaz; yo me entrego enteramente a Vos.

Y desde este momento protesto sinceramente que deseo olvidarme de mí mismo, y de todo lo que pueda tener relación conmigo para remover el obstáculo que pudiera impedirme la entrada en ese divino Corazón, que tenéis la bondad de abrimme y donde deseo entrar para vivir y morir en él con vuestros más fieles servidores, penetrado enteramente y abrasado de vuestro amor.

Ofrezco a este Corazón todo el mérito, toda la satisfacción de todas las misas, de todas las oraciones, de todos los actos de mortificación, de todas las prácticas religiosas, de todos los actos de celo, de humildad, de obediencia y de todas las demás virtudes que practicare hasta el último instante de mi vida.

No sólo entrego todo esto para honrar al Corazón de Jesús y sus admirables virtudes sino que también le pido humildemente que acepte la completa donación que le hago, y disponga de ella de la manera que más le agrade y en favor de quien le plazca. Y como ya tengo cedido a las santas almas que están en el Purgatorio todo lo que haya en mis acciones, capaz de satisfacer a la divina justicia, deseo que esta les sea distribuido según el beneplácito del Corazón de Jesús.

Esto no impedirá que yo cumpla con las obligaciones que tengo de celebrar misa y orar por ciertas intenciones prescritas por la obediencia; ni que ofrezca por caridad misas a personas pobres o a mis hermanos y amigos que podrían pedírmelas.

Pero como entonces me he de servir de un bien que ya no me pertenecerá, quiero, como es justo, que la obediencia, la caridad y las demás virtudes que en estas ocasiones practicare sean todas del Corazón cíc Jesús, del cual habré tomado con qué ejercitar estas virtudes, las cuales, por consiguiente, le pertenecerán a Él sin reserva.

c) Consagración

¡Sagrado Corazón de Jesús! Enseñadme el perfecto olvido de mí mismo, puesto que este es el único camino por el cual se puede entrar en Vos. Puesto que todo lo que yo haga en lo sucesivo será vuestro, haced de manera que no haga yo nada que no sea digno de Vos.

Enseñadme lo que debo hacer para llegar a la pureza de vuestro amor, cuyo deseo me habéis inspirado. Siento en mí una gran voluntad de agradaros y una impotencia aún mayor de lograrlo, sin una luz y socorro muy particulares que no puedo

esperar sino de Vos.

Haced en mí vuestra voluntad, Señor. Me opongo a ella, lo siento, pero de veras querría no oponerme. A Vos os toca hacerlo todo, divino Corazón de Jesucristo; Vos solo tendréis toda la gloria de mi santificación, si me hago santo. Esto me parece más claro que el día; pero será para Vos una gran gloria, y solamente por esto quiero desear la perfección. Así sea.

Acto de confianza

Estoy tan convencido, Dios mío, de que velas sobre todos los que esperan en Ti, y de que no puede faltar cosa alguna a quien aguarda de Ti todas las cosas, que he determinado vivir de ahora en adelante sin ningún cuidado, descargándome en Ti de todas mis solicitudes. «En paz me duermo y al punto descanso, porque tú, Señor, me has afirmado singularmente en la esperanza» (Sal 4,10). Despójeme en buena hora los hombres de los bienes y de la honra, privenme de las fuerzas e instrumentos de serviros las enfermedades; pierda yo por mí mismo vuestra gracia pecando, que no por eso perderé la esperanza; antes la conservaré hasta el postrer suspiro de mi vida y vanos serán los esfuerzos de todos los demonios del infierno por arrancármela.

Que otros esperen la dicha de sus riquezas o de sus talentos; que descansen otros en la inocencia de su vida, o en la aspereza de su penitencia, o en la multitud de sus buenas obras, o en el fervor de sus oraciones; en cuanto a mí toda mi confianza se funda en mi misma confianza: porque «Tú, Señor, me has afirmado singularmente en la esperanza» (Sal 4,10).

Confianza semejante jamás salió fallida a nadie. «Nadie esperó en el Señor y quedó confundido» (Sir 2,11). Así que, seguro

estoy de ser eternamente bienaventurado, porque espero firmemente serlo, y porque eres Tú, Dios mío, de quien lo espero: «En Ti, Señor, he esperado; no quede avergonzado jamás» (Sal 30,2; 70,1).

Conocer, demasiado conozco que por mí soy frágil y mudable; sé cuánto pueden las tentaciones contra las virtudes más robustas; he visto caer las estrellas del cielo y las columnas del firmamento; pero nada de eso logra acobardarme. Mientras yo espere, estoy a salvo de toda desgracia: y de que esperaré siempre estoy cierto, porque espero también esta esperanza invariable.

En fin, para mí es seguro que nunca será demasiado lo que espere de Ti, y que nunca tendré menos de lo que hubiere esperado. Por tanto, espero que me sostengas firme en los riesgos más inminentes y me defenderás en medio de los ataques más furiosos, y harás que mi flaqueza triunfe de los más espantosos enemigos.

Espero que Tú me ames a mí siempre y que te ame a Ti sin intermisión. Y para llegar de un solo vuelo con la esperanza hasta donde puede llegarse, espero a Ti mismo, de Ti mismo, oh Criador mío, para el tiempo y para la eternidad. Amén.